

MANU  
PONCE

UNA *peligrosa*  
TENTACIÓN

UNA *peligrosa*  
TENTACIÓN

Primera edición.

Una peligrosa tentación

Manu Ponce

©Abril, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[EPÍLOGO](#)

*A “Las chicas de la Tribu”, ese grupo de bellezas que lo son por dentro y por fuera, un puntal indispensable en mi carrera... Cada día aprecio más vuestro apoyo incondicional, decir que os quiero a todas sería quedarme muy corto; os adoro.*

*Ya mis compañeros, esos con los que comparto aventura literaria. No voy a decir que todos los días sean fáciles, pero sí que con vosotros se hacen mucho más llevaderos. Un deseo; que los vientos nos lleven allá donde encontremos la inspiración...*

*«Sólo tienes una pequeña chispa de locura en tu vida. No debes perderla».*

*—Robin Williams*

## Capítulo 1



—¿Lorenzo podrías acercarte a mi despacho, por favor? —Seguir la cadencia de su voz y caminar tras ella, que parecía mecerse con el contoneo de sus caderas, era el mejor placer que la mañana podía ofrecerme.

—¡A la orden, Nicolette! —No era su perrito faldero, ni nada que se le pareciera, pero me faltó solo mover el rabo... Es una expresión hecha, no me entendáis mal.

—Qué cosas tienes, eres el director de la empresa, pocas órdenes debo darte, te basta y te sobras solito—me recordó según entramos en su increíble despacho, ese desde cuya cristalera quedaba Barcelona entera a sus pies.

Normal, a sus pies quedaría yo también con un solo chasquido de sus dedos. Y eso me traía de cabeza, ¿era una atracción fatal la que sentía hacia la dueña de la empresa? Pues prefería pensar que no, que se trataba más bien de que mi jefa ejercía sobre mí un efecto que me provocaba una cierta fijación...

Paparruchas, lo mirara por donde lo mirase, en los escasos tres meses que llevaba dirigiendo aquel monstruo dedicado a los suministros navales, me había enamorado de ella de un modo que creía que únicamente estaba reservado para la gran pantalla.

—Bueno, pero ya sabes eso que dicen, que cuatro ojos ven más que dos...

A todas luces, Nicolette era mi jefa, pero ella prefería dejarlo en tablas y siempre me comentaba

que los dos formábamos un tándem perfecto, al ser los dos pilares sobre los que se sustentaba la empresa. Y en cuanto a lo de los cuatro ojos... Eso sería lo que me hubiese gustado, tener cuatro ojos para verla doble, porque todo lo que tuviera que ver con ella constituía para mí todo un espectáculo.

—¿Puedo interrumpirte un momento, Nicolette? Tienes a James por la línea uno.

Paulina, la secretaria, se había acercado a la puerta, toda vez que Nicolette hacía caso omiso a la llamada. ¿Tendría algo que ver mi presencia en ello? Mis ganas, como suele decirse. Pero, sin embargo, de un tiempo a esa parte, juraría que la notaba más proclive a hablar conmigo a solas, y más distraída cuando estábamos juntos.

—¿A James? Muchas gracias, Paulina.

—Atiende la llamada, por favor—le indiqué pensando que su prometido no tenía otra hora a la que llamar, ¡ni que tuviese un radar! Joder, siempre nos pillaba hablando y nos interrumpía.

Resoplé para mis adentros, en el fondo no era tan extraño que eso ocurriera, porque al tal James le faltaban horas en el día para llamarla.

Tampoco podía reprocharle nada; si ella fuera mi pareja no querría ni que le diese el viento y también me gustaría recordarle que estaba por ella.

—¿No te importa? —Me sonrió y ahí fue cuando sentí que salió el sol, porque nada en el planeta me resultaba más caluroso que su sonrisa.

—Para nada. —La gran mentira del día, me daba tres patadas en la barriga que nos interrumpiera.

Nicolette se dio la vuelta y tuve que apartar la vista de aquel cuerpo escultural que debían haber esculpido directamente los ángeles; en cualquier momento podía volver a girar sobre sus talones y encontrarme mirándola embobado. Chungo...



Desde su despacho se obtenían las mejores vistas de una ciudad a la que yo había llegado dos años antes desde Madrid. Una succulenta oferta de trabajo redactada por el departamento de Recursos Humanos de la empresa que pasé a dirigir fue la que me llevó hasta allí. Y un tiempo después, Nicolette me reclutó para la suya, mucho más grande que la anterior.

—Hi, my darling. —La aludida cadencia de su voz, unida al modo en el que se dirigía a él, hicieron que por enésima vez maldijera mi suerte por no estar en su lugar.

El resto de la breve conversación me terminó de revolver un estómago que ya de por sí estaba trastocado cuando la tenía ante mí.

—Perdona, son los preparativos de la boda, ya sabes... Bueno, no, no debes saberlo, ¿Doris y tú habéis hablado alguna vez de casaros?

Me cogió de sopetón que me hiciera una pregunta tan personal. Y más cuando ignoraba que conociera el nombre de mi novia.

—Ah, pues, a ver, ella lo ha insinuado alguna vez, pero nada en firme, tú sabes...

Nicolette tenía fama de ser una jefa a la que no se le iba ni una. Clara, mi compañera de trabajo, me había “aclarado” en alguna ocasión que esa mujer tenía ojos y oídos en todas partes, que parecía que no estaba y que estaba en todo, que era una superdotada no solo para los negocios, sino también para el arte de crear equipo y saber sintonizar con él.

En cambio, de ella sabíamos bastante menos, salvando el hecho de que su prometido era también un influyente hombre de negocios norteamericano que se movía más que los precios, puesto que se pasaba media vida de viaje.

—Ya, pues cuando os llegue la hora, ya os enteraréis, no te imaginas la que hay que organizar, es mucho más difícil que manejar los hilos de esta empresa, te lo garantizo. —Se echó a reír.

—Lo imagino, sobre todo para un enlace tan multitudinario, debe ser una locura—repuse.

—Sí, sí que lo es. —Se sentó en ese instante, algo que no había hecho todavía, y tuve la sensación de que, en cierto modo, el de la boda le suponía un peso considerable.

—Me hago el cargo—resoplé para mis adentros porque de su boda era de lo que menos me interesaba hablar en el mundo.

—¿Por dónde íbamos? Ah, creo que ni habíamos empezado todavía.

No, no habíamos empezado, el ceporro de su novio nos interrumpió.

—Creo que tendrías intención de hablarme del encargo del astillero y...

Le solté el rollo, pues andábamos con un encargo un tanto complicado que nos traía de cabeza.

Media hora después, con el alma rebotante de felicidad, salí de su despacho, y más cuando me despidió con un “las cosas marchan mucho mejor desde que estás por aquí” que me llegó al alma.

Entré en el mío, que sin tener exactamente la misma orientación del de Nicolette, también era magnífico, ¡cómo para quejarme! Las vistas desde él eran igualmente de postal. A mis treinta y nueve años, a punto de entrar en la cuarta década de mi vida, sentía que lo había conseguido todo. ¿A quién quería engañar? Todo no...

Meses antes sí que estaba pletórico. Profesionalmente todo marchaba sobre ruedas. Y Doris y yo nos habíamos alquilado aquel ático de 300 metros cuadrados que vimos en la web de una prestigiosa inmobiliaria. Firmamos un contrato con opción a compra.

—Loren, primero vemos cómo nos adaptamos a la zona y demás. Y si todo marcha bien, entonces nos planteamos la compra—me dijo mi novia.

Ella siempre tan previsor. Éramos la noche y el día, porque yo me caracterizaba por ser muy impulsivo. Siempre me pareció que en nuestras diferencias radicaba el éxito como pareja, pero

desde que Nicolette entró en escena ese éxito se vio empañado.

Lo mismo era así como quería verlo yo y tal éxito no existía ya desde bastante antes. Lo cierto era que llevaba diez años con Doris y los últimos no habían sido lo mismo. Su negativa a tener niños supuso un punto de inflexión en la pareja, tras lo cual igual seguimos juntos más por costumbre que por otra cosa. O al menos yo, que dentro de su cabeza no estaba para saber qué pasaba por ella.

Llamada de recordatorio de mi hermana Lidia desde Houston, a esa sí que no se le escapaba una.

—Hola, hermanito, ¿cómo va todo por Barna? —Ella era una enamorada de la ciudad condal.

—Houston, Houston, tenemos un problema... una petarda al habla, ¿cómo te va, hermanita?

—Hasta la bandera de trabajo y con unas ganas increíbles de verte, pero antes te recuerdo que el sábado es tu aniversario con Doris, no se te ocurra olvidarte.

Había sucedido el año anterior, ella sabía lo que se decía. Aunque con Doris no había mayores sobresaltos y no solíamos discutir, aquel sí fue un motivo de enfado por su parte, y mi hermana me prometió tomar cartas en el asunto.

—Eres una joya, cariño, ¿qué haría yo sin ti?

—Correcto, la joya de la corona soy. Y como te decía, tengo ganas de verte, así que ya puedes ir preparándome el dormitorio de invitados en ese casoplón que tienes, que mi pensamiento es visitarte la semana que viene.

—¿La semana que viene? Hermanita, acabas de alegrarme el día. ¿Lo sabes? Ya verás cuando se lo diga a Alessandro, siempre me está preguntando por ti.

—Mi niño, si es que es más lindo también... Escucha, la tenemos que coger doblada, ¿eh? Díselo a mi cuñada, que se deje de tanto trabajo y de tanta gaita, que voy con ganas de juerga...

—Lo intentaré, pero por su parte no puedo prometerte nada, está a tope con lo de la ampliación del negocio...

—Como si nos fuéramos a llevar algo el día que estiremos la pata... Yo cada vez tengo más claro que hay que vivir, hermanito.

—Ya, ya, como si alguna vez hubieras estado en un convento de clausura. Quien no te conozca que te compre, cariño...

Mi hermana y yo siempre tuvimos suerte. Después de vivir una infancia muy feliz, en la juventud nos lo montamos de escándalo, con una pandilla que siempre estaba de farra y en la que vivimos nuestros primeros amores.

No por eso, ni mucho menos, descuidamos nuestros estudios, que ella se hizo farmacéutica y yo me pasé al sector naval. En una industria farmacéutica de Houston era donde encontró su encaje, y desde entonces nos habíamos separado física, pero no afectivamente.

Salí a dar una vuelta por la oficina, necesitaba que me diera el aire fresco. Como si me hubiese leído el pensamiento, Nicolette salió también de su despacho para darle unas directrices a Paulina.

—¿Todo bien, Lorenzo? —Debió leer en mi frente una cierta desconcentración.

—Todo perfecto, voy a ver a Alessandro un momento, Nicolette. —Le dirigí una de esas sonrisas que arrancaban directamente desde mi alma y ella me correspondió.

Inmediatamente, se dio la vuelta y observé aquella deliciosa combinación de su camisa blanca, que llevaba enfrascada en su falda de tubo negra, rematada por unas medias negras y unos zapatos de tacón del mismo color.

—¿Se puede? —Llamé a la puerta de mi amigo. Yo fui quien le sugerí a Nicolette su entrada en la

empresa y ella quien, tras ver su currículum en finanzas, encargó que nos lo envolvieran también para regalo desde los Madriles.

—No solo que se puede, sino que, además, se debe. ¿Qué me cuentas? —Alessandro también era de la pandilla de Madrid y desde siempre bebía los vientos por el alma libre de mi hermana Lidia.

—Que Lidi viene a vernos la semana que viene, así que ya puedes ir haciendo hueco en tu agenda, mequetrefe.

—¿Qué me dices? ¿Ese portento de mujerón se va a dejar caer por aquí? ¿Y te lo cuenta a ti antes que a mí? La voy a poner fina ahora por WhatsApp, abrase visto...

—Normal, es que yo soy su “más mejor” hermano, el único, genuino e inmejorable...

—Sí, creo que te adora como yo a ella, saldremos a cogerla mortal, ¿no?

—¿Alguna duda al respecto? Yo no veo la hora de abrazar la botella.

—Guay, reunión de parejitas...—Siempre lo llamaba así cuando nos reuníamos los cuatro. Sus ganas también, apañados estábamos los dos.

—Ya veremos, que Doris está de un soso... Pero que, si no, nos vamos los tres.

—Eso lo saben hasta los hebreos, vaya plan el vuestro.

—Y que lo digas, y encima de aniversario este finde, ¿qué le compro?

—Lo de la tarjeta regalo como que no quedaría muy bien, ¿no?

—Hombre, una cosa es que pase sin pena ni gloria por mi parte, y otra que me hagan tragar una tarjeta regalo con sobre y todo, tampoco te pases...

—Sí, que Doris, a la chita callando, también se las trae.

—Tampoco tanto, que no es de montar pollos ni nada parecido, no como la novia aquella que tuviste, ¿te acuerdas?

—Cielos, hace un cerro de años de lo de Chus, duramos dos telediarios porque siempre tenía la escopeta cargada.

—Pues eso, que Doris no es así, y que merece que tengamos la fiesta en paz en un día como ese.

—Más te vale, señor director, más te vale...

Tendría que exprimirme un poco la sesera si no quería que se declarase la tercera guerra mundial, porque yo esa declaración de guerra solo la pondría encima de la mesa por una persona que no estaba a mi alcance... ¡Maldito James!

## Capítulo 2



En el aeropuerto, y sin poder dejar vueltas como un animal enjaulado, divisé por fin su silueta.

—¡Hermanita! —La cogí en brazos y di un millón de vueltas con ella encima.

—¿A que echo la pota por tu culpa, ceporro? No quieras saber lo que me han dado de comer en ese maldito avión...

A mi hermana no es que le gustase especialmente volar, aunque lo hacía cada vez que tenía ocasión para venir a vernos. Ahora tendría que dividirse...

—No veía la hora de que llegaras, parecía un novio ansioso—le confesé.

Un poco ansioso sí que te noto, pero como mi novio no eres, ya me contarás qué te pasa.

—Maldita sea, ¿vienes con el puñetero aparato de rayos x en la mano? —me quejé.

—Sabes que te conozco mejor que si te hubiera parido, sí, de modo que te recomiendo que me lo cuentes todo...

Si conmigo hacía lo que le daba la gana, con nuestro amigo eran ya encajes de bolillos directamente.

—Me estoy metiendo en un marrón, hermana. Ya te lo contaré con un café, pero antes me tienes

que contar tú cómo te va la vida por allí.

—De eso nada, vamos a por ese café y empieza tú, que ya me tienes intrigada.

Eché mano de mi capacidad de síntesis y le expuse la situación lo mejor que pude. Lidia había sido mi cómplice desde niña y era una tumba. En cuanto a Doris, la relación entre ellas siempre fue cordial, pero sin más, a mi hermana nunca le terminó de convencer.

—Total, que mi cuñada está hasta las cejas de trabajo con lo de las tiendas online de complementos y a ti, mientras, se te van los ojos para la jefa. Y Doris no se entera, a lo suyo, a ganar dinero, que es lo que le interesa.

—Está muy volcada en su trabajo, sí, siempre ha sido muy responsable, ya lo sabes.

—No, siempre ha sido un muermo, ya lo sabes tú. Te lo voy a decir claro, esa mujer no te pega ni con cola, nunca me he querido meter en tu vida privada, pero ya que me das vela en este entierro, me pienso aprovechar.

—Dale, dale, no te cortes.

—Yo no digo que mi cuñada sea mala persona ni nada parecido, hermano, pero que siempre ha sido una mujer muy apagada. Y tú brillas lo suficiente como para tener a otro lucero a tu lado.

—¿Yo soy un lucero? Madre mía, qué metafórica te has bajado del avión.

—Déjate de sarcasmos, para una vez que me sincero... Tú me estás entendiendo, que no tienes por qué irle dando luz a nadie más, que cada cual se las apañe. Ella es muy sosa y vive volcada en el trabajo. Por el amor de Dios, ¿hace falta que te recuerde que ni siquiera ha querido tener hijos con lo que a ti te gustan los micos esos?

Por suerte o por desgracia, acababa de poner el dedo en la llaga. Lidia sabía que para mí su negativa había supuesto renunciar a uno de mis mayores sueños.



—Ya, hermana, pero siempre hemos sido un gran apoyo el uno para el otro, eso también es cierto. Nunca hemos dejado de estar ahí.

—Pero un apoyo lo encuentras también en los amigos o en la familia, una pareja tiene que ser mucho más. En concreto, cuando hables de ella, se te tiene que poner la cara como cuando lo haces de Nicolette, que tendrías que ver el gesto de bobo que te sale...

—¿Sí? —Expulsé lentamente el aire de mis pulmones.

—Sí, y sabes que es verdad lo que te estoy diciendo, pero lo ves como un imposible porque está comprometida, ¿o me equivoco mucho?

—Ni mucho ni poco, es que vaya plan, el tío está enamoradoísimo de ella y están organizando una boda de película. Me repatea cada vez que la llama a su despacho, que no para... Y ella le responde en ese perfecto inglés, que se me cae la baba.

—Como que tú no hablas bien inglés, ¿no te fastidia? Ataca, hermano, qué tienes que perder.

—No me falta valor, te lo garantizo, lo que pasa es que no quiero importunarla y perder el buen rollo que hemos creado entre los dos. Si hasta te diría que algunas veces tengo la impresión de que busca la ocasión para hablar conmigo, lo necesite o no...

—Pues yo de ti me lanzaba a la piscina y que fuera lo que Dios quisiera...

—Sí, para que me pase eso de que “el no ya lo tienes, ahora ve por la humillación”, deja, deja...

—Pues tú ya sabes que yo tengo un olfato de sabueso para esto, y te digo que no pasaría eso.

—Mira, Sherlock Holmes de pacotilla, no me animes más a asomarme al abismo, que con un poco de mala suerte me pego una leche de espanto.

—¿Y vas a vivir con el “qué habría pasado”? Porque yo para eso no he nacido, yo prefiero pegármela, pero salir de dudas...

Esa era la diferencia entre ambos; que yo era impulsivo-prudente y ella impulsiva-suicida. Dos modalidades que nos diferenciaban.

Igual Lidia tenía razón y yo debería ser más lanzado, pero tampoco Nicolette me había dado pie más allá de una impresión mía.

Cada vez entraba más en bucle, mis pensamientos me atormentaban y lo único que me faltaba era el empujoncito de Lidia para que todo fuera el remate de los tomates.

Si algo me echaba para atrás, aparte de que comprendía lo injusto que todo aquello sería para Doris, era el hecho de que Nicolette fuera mi jefa. Yo siempre hice caso a aquello de que “donde tengas la olla, no metas la...”

## Capítulo 3



—Hermano, vamos a quemar Barna—me decía el sábado por la noche Lidia en el taxi, mientras íbamos a recoger a Alessandro.

Como era previsible, Doris se había quedado en casa. Según ella, venía de una semana infernal y la siguiente no iba a ser ni mucho menos mejor.

Desde la noche de nuestro aniversario, a la que le faltó fuelle, las cosas no estaban para tirar cohetes entre nosotros. Aquella última semana, con Lidia en casa, cada uno fuimos un poco a nuestra bola, ella con sus cosas y yo por las tardes con mi hermana para arriba y para abajo. En varios de aquellos ratos se nos unió también Alessandro.

—Hermanita, no me acojones, que puedes llegar a ser muy peligrosa cuando te lo propones, que te conozco, Orozco.

—Muy peligrosa, dice, tendrá morro... Ni que te hubiera metido yo en ningún lio.

No, ni ná, más de una vez tuvimos que salir escopeteados de algún local de copas o disco porque mi hermana la hubiese liado parda.

—No me tires de la lengua, hermanita, no me tires de la lengua, que sabes muy bien que tienes más peligro que un mono con dos pistolas. Y, por cierto, a Alessandro lo veo cada vez más cerquita de ti, ¿qué os traéis entre manos?

—Cuidadín, que por ahí no; tú sabes que lo adoro, pero ni se te ocurra pensar en nada más; con él me lo paso de escándalo, pero luego, cada mochuelo a su olivo...

Esos dos se traían un rollito rarísimo de toda la vida. O, mejor dicho, ella con él, que hacía lo que le daba la gana, que si por él hubiera sido, años atrás le habría colocado una alianza en el dedo y tendrían dos o tres churumbeles corriendo como locos por ahí.

Sin embargo, mi hermana salía con él de farra, se daban un revolcón y después, si te he visto, no me acuerdo.

—Vale, vale, pero por favor, no me pegues—bromeé.

Alessandro salió perfectamente maqueado, como requería la ocasión, pues íbamos a la inauguración de un local de lo más selecto. La invitación nos había llegado a última hora del viernes y fue Paulina quien la puso sobre mi mesa.

—Alessandro, me han dicho que el sitio merece la pena, y creo que va a estar allí la crème de la crème de la ciudad—me comentó, pues ella estaba muy bien relacionada.

—No sé lo que haremos, Paulina, pero gracias como siempre por tu valiosa información.

A ella le gustaba más un sarao que a un tonto un lápiz y siempre nos decía dónde merecía o no la pena acudir. Se trataba de una chica de lo más alegre y fiestera, y sus relaciones eran de lo mejorcito.

—Pues pensáoslo, yo no puedo ir porque este fin estoy fuera, pero si no, ya me estaba subiendo a los tacones para darme un buen meneo. —Lo del meneo, no penséis mal, estaba relacionado con el baile, que Paulina era un torbellino en la pista.

A mi hermana le faltó el tiempo para apuntarse, y Alessandro iba no donde va la gente, como Vicente, sino donde ella ordenase y mandase. A mí me la traía más al paio donde fuésemos, esa era la verdad, por lo que ese sitio me pareció tan válido como cualquier otro.

La única pega era que, entre tanta gente vip, me encontraría a más de un cliente. Fue entrar, y la primera en la frente.

—Hombre, Oliver...—le estreché la mano a un pez gordo con el que acabábamos de cerrar un trato fabuloso.

—Me alegro de verte, Lorenzo, acabo de saludar a Nicolette, veo que habéis venido todos...

¿A Nicolette? Ella no solía dejarse ver por ese tipo de fiestas. Su prometido, James, debía ser un pan sin sal, de forma que sus planes de los fines estaban más centrados en ir a cualquier lugar de los alrededores que en quedarse en el centro de la ciudad haciendo vida social.

—Anda, fantástico, sí... Parece que nos hemos puesto de acuerdo.

Y también parecía que me iba a dar ardor de estómago de pensar en ver al americano y, sobre todo, de verlos a ellos juntos. Ya me había pasado unas semanas atrás, cuando celebramos un importante acuerdo con la plantilla principal con un almuerzo, y él acudió.

Por obra y gracia del espíritu santo, pude comprobar in situ que no era uno de esos tíos empalagosos que se comen a besos a sus mujeres en público para marcar territorio, pero aun así me mató verlos juntos.

A partir de ese momento, y a bien que iba solo, solo cupo un pensamiento en mi cabeza; buscarla entre la multitud. Sí, a pesar de todo deseaba verla, debía ser masoca.

Tardé aproximadamente un minuto en hacerlo. Aquel camarero tan chistoso parecía estarle tirando los tejos mientras ella cogía la copa de la bandeja.

Hasta un gesto tan sencillo como ese resultaba elegante en Nicolette, y yo no pude evitar el quedarme mirándola de lejos, viendo cómo daba aquel primer sorbo a su copa, como si de un extraordinario espectáculo se tratase.

En un momento dado, temiendo que me descubriera y creyera que yo había activado el modo “ridiculus” me decidí a avanzar hacia ella.

—Lorenzo, qué alegría, tú por aquí. —Me encajó un par de sutiles besos en las mejillas que me supieron a gloria.

Era la primera vez que nos veíamos en un lugar público sin que fuera por cuestiones de trabajo, y la primera vez que se acercaba a mí con un gesto tan cercano.

—Tampoco te esperaba, Nicolette. Y si me lo permites, te diré que estás increíble.

Imposible callármelo, aquel vestido negro enmarcaba su silueta de tal modo que no había hombre en la sala que no le dirigiera una mirada cuando menos, de total alabanza.

—También te veo estupendo, ¿te apetece una copa?...

## Capítulo 4



Se me abrieron las puertas del cielo. Y no solo porque me invitara a tomar algo con ella, sino por lo que descubrí enseguida.

—Por supuesto, será un placer.

Nicolette le volvió a hacer un gesto al camarero, a quien le faltó el tiempo para acercarse de nuevo a ella.

—¿Esa chica es Doris? —me preguntó, mirando al lugar en el que se encontraba mi hermana con Alessandro.

—¿Ella? No, es mi hermana Lidia, ha venido de Houston para visitarme.

—Anda, pues entonces se han cambiado el puesto, que allá ha ido a parar este finde James por cuestiones de negocios.

¿Ese finde? De forma que ella estaba sola en la fiesta, como yo. O al menos sin pareja, que allí todos la conocían.

—Anda, pues sí que es casualidad. —Cogí la copa y le propuse un brindis, no podía haberme dado mejor noticia que la de que estaba sin su prometido.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó curiosa.

—Por nosotros, porque sigamos cosechando éxitos juntos—maticé porque habría sido muy descarado dejarlo así.

—Por nosotros—repitió ella chocando su copa con la mía—. Lorenzo, ha sido un placer encontrarte esta noche aquí—me indicó sin más, y no supe exactamente cómo interpretar sus palabras.

—Para mí sí que ha sido un placer, y también una sorpresa. Sé que no te dejas caer demasiado por estos sitios...

—No, no los frecuento. Y te confieso que a veces lo echo de menos. Siempre he tenido mucha vida social, lo que pasa es que James es más de aire libre y naturaleza, tú ya me entiendes...

Sí, que tenía que ser más aburrido que una ostra era lo que entendía, porque una mujer así era para presumir de ella en todo evento que se preciara.

—Te entiendo. —Lo dejé ahí.

—¿Y Doris por qué no ha venido?

—Tampoco le gusta demasiado una fiesta, no te voy a engañar. Además, anda enfrascada en un montón de proyectos, y no es tiempo lo que le sobra. ¿Qué sueles hacer entonces los fines de semana? Si no es mucho preguntar, claro...

—No, no, me encanta hablar contigo, no te preocupes...

Le encantaba hablar conmigo, se alegraba mucho de verme por allí, ¿me iba a tocar la lotería también esa noche?

—Y a mí, además tienes una voz preciosa, supongo que te lo habrán dicho muchas veces...



—Gracias, alguna que otra, sí—asintió.

No podía evitarlo, el hecho de que su prometido no estuviera había abierto la veda, y le lancé también esa perla que ella recogió con gusto, a juzgar por la mirada complacida con la que me obsequió.

—Pero cuéntame lo de tus findes, por favor. Me he preguntado muchas veces cómo sería tu vida después de la oficina.

—Pues mira, tampoco es que tenga nada tan especial que contar. Hace un año James y yo nos compramos una masía en Gerona y allí solemos pasarlos. Tenemos caballos, que es una afición común, y damos largos paseos en ellos. A veces, salimos al pueblo a comer, y otras muchas nos quedamos en la masía disfrutando de su verdor, además es muy amplia, Doris y tú podríais venir algún día.

—También me gustan mucho los caballos, no sabía que montaras—le comenté obviando lo de nuestra visita porque no era en su compañía ni en la de James en la que me gustaría visitarla.

—¿No me digas? ¿Y tienes alguno?

—No, me temo que mi ático no es lugar para eso, aunque sí me estaba planteando buscar una buena cuadra en la que alojarlo y hacerme con un buen ejemplar.

—¿Sí? Yo podría ayudarte, tengo los mejores contactos en la ciudad. De hecho, uno de mis mejores amigos, Gery, es el dueño de una de las cuadras más prestigiosas de Barcelona. Si quieres, podemos pasar a verlo una tarde de estas.

Lo dejó caer y yo me agarré a ello rápidamente.

—¿Sí? Mi hermana se marcha el lunes para Madrid a ver a nuestros padres, ¿qué te parece si quedamos a partir del martes? —Lo dejé en abierto, como era lógico, todo menos parecer ansioso.

—Me parece fenomenal, el miércoles podría ser.

Tampoco es que lo hubiera pospuesto, se notaba que tenía ganas de que quedáramos. ¿Y si mis sospechas de que ella también me ponía ojitos eran ciertas?

—Pues entonces no se diga más. Gery tiene unos caballos que te van a enamorar, obvio que no son baratos, pero cuando se trata de una de esas bellezas uno ya sabe de antemano que ha de invertir, ¿verdad?

—Naturalmente...

No era un hombre de aficiones caras y contaba con un sueldo más que generoso. No lo había dicho por decir, yo también necesitaba un desahogo en mi vida, sobre todo desde que Doris andaba tan atareada, y tener mi propio caballo constituía un sueño. Lo que no podía imaginar era que Nicolette compartiera conmigo una de mis principales aficiones.

—¿Desde cuándo montas, Lorenzo? ¿Te parece si nos vamos a un reservado a charlar? El ruido de la música me está resultando un tanto ensordecedor, no te oigo bien.

Cierto que la gente comenzaba a darlo todo en la pista. Les dirigí una mirada a Lidia y a Alessandro y los vi bailando como si no hubiera un mañana.

—Claro, será todo un placer, las damas primero—le indiqué para que pasara y mi caballerosidad fue premiada, pues el contoneo de sus caderas aquella noche me resultó aún más sugerente de lo habitual, que ya era decir...

Llegamos al reservado y a ambos se nos notaron las ganas de cercanía. Apenas unos centímetros nos separaban, por lo que nuestros codos se rozaron en más de una ocasión.

El suyo, tan perfecto como el resto de su precioso cuerpo, no es que fuera un cable pelado, pero sí puedo decir que generaba en mí una corriente eléctrica cada vez que entrábamos en contacto.

—Hacía tanto que no salía que reconozco que con una sola copa ya me parece estar un tanto perjudicada—me confesó con una peligrosa sonrisa. Y digo lo de peligrosa no porque no fuera a saltar y darme un bocado, sino porque me parecía demasiado embaucadora para que pasara desapercibida a mis ojos.

—¿No sueles beber cuando estás en la masía con James? —Eso ya me extrañó más... Si no salían, ¿qué menos que montárselo bien en casa?

Oh, cielos, quise apartar ese pensamiento de mi cabeza, lo que menos me interesaba en el mundo era comprobar cómo se lo montaban aquellos dos juntos.

—No, James no bebe—me soltó categóricamente y me pareció que tras aquella confesión había algo más.

—¿No bebe nada de nada?

Recordé que Alessandro tenía la teoría de que uno no puede fiarse de un hombre totalmente abstemio; teoría que con el tiempo yo mismo compartía. En broma, pero la compartía.

—No, nada de nada—resopló.

Palabrita del Niño Jesús que no es que yo quisiera percibirlo así; es que tampoco me parecía que Nicolette fuese a estallar de emoción cada vez que se refería a su prometido.

A sus treinta y dos años, aquella riquísima heredera se jactaba de llevar con soltura la empresa que un día fundó su fallecido padre, desaparecido en trágicas circunstancias tiempo atrás, igual que su madre. Lo normal sería que tuviese el mundo a sus pies y al hombre de sus sueños suspirando por ella, pero no pondría yo la mano en el fuego porque así fuera en su caso. O quizás era lo que me interesaba pensar y la mente me estaba jugando una mala pasada.

—¿Y crees que debes confiar en él a la vista de esa circunstancia? —bromeé, aunque no era de James de quien me interesaba hablar.

—Qué remedio—me soltó, y ahí ya sí que me quedé a cuadros.

—Bueno—no sabía qué decir, era la realidad y el consabido “si quieres contarme algo, aquí estoy” no me pareció lo más acertado—, pero al menos tú sí que te tomarás una copa de vez en cuando, ¿no?

—¿Te refieres a cuando estoy con él? No, tampoco...

—¿Tampoco? ¿Ni de vez en cuando? —No salía de mi asombro.

Vio la incertidumbre en mis ojos y comprendió que me estaba sorprendiendo. Y más que lo hice con aquella revelación que ya venía en camino.

—No, verás, esto no es algo de lo que suele hablar habitualmente. De hecho, eres la primera persona a la que se lo cuento. Es más, si él lo supiera, no me lo perdonaría.

—Puedes confiar en mí, te garantizo que no tengo pensamiento de coger un megáfono para proclamar lo que me cuentes.

—James fue alcohólico, o lo sigue siendo, porque ya sabes que nunca se deja atrás, siempre existe la posibilidad de recaer. Ya hace unos años que no prueba ni una gota de alcohol, pero no puedo mentar la soga en casa del ahorcado y ponerme a beber en su presencia, no sería justo...

Ese era su pensamiento, yo más bien pensaba que tenía narices que ella se tuviera que privar de lo que, en su justa medida, constituía un placer para cualquiera, solo porque él se mostrara incapaz de controlarse.

Lo que me faltaba por escuchar. De antemano no podía verlo ni en pintura, pero aquella revelación provocó que me llevaran directamente los demonios.

—Pues vaya, lo siento. —Tampoco podía dar rienda suelta a mi lengua y decirle que él era un

patán porque, pese a todo, desconocía las razones que le habían llevado a esa situación.

—Ya, bueno, es algo que tenemos superado.

“Tenemos”, el alcohólico era él, pero lo tenían que superar juntos. Me pareció que el sentido de la lealtad de Nicolette estaba muy por encima de la media.

Qué distintas son las cosas a cómo las percibimos desde fuera. A simple vista, por mucho que a mí me repateara, Nicolette y James formaban la pareja perfecta. Y de perfecta parecía tener más bien poco.

—Me alegro. —Apuré mi trago, que me cayó como un purgante en el estómago, pensando en eso de que Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz.

Yo no necesitaba estar perjudicado para mirarla con los ojos que lo estaba haciendo, incluso temí que se me notase demasiado, cosa que debió ocurrir.

—¿De verdad te alegras? No lo parece por el tono de tu voz.

Nicolette tenía fama de ser una mujer directa que llamaba a las cosas por su nombre, y acababa de demostrármelo.

—Ejem—carraspeé, pensando que de la respuesta que le diera en ese momento podría depender el tipo de relación que tuviéramos en el futuro, incluso condicionar la laboral.

—Di lo que piensas, por favor, dímelo como se lo dirías a una amiga, no pienses en mí como la dueña de la empresa.

Dios quisiera que fuera consecuente con sus palabras, porque me estaba tocando las palmas y yo me conocía.

—Pues lo que pienso es que igual eres mucho barco para tan poco marinero, eso es lo que pienso

con toda la sinceridad del mundo. Y perdóname si lo que te digo te molesta, pero me has pedido honestidad y creo que la mereces.

—¿Para tan poco marinero? No, créeme que no es así, James es un hombre mucho más fuerte de lo que puedas llegar a pensar, tú no lo conoces bien.

No, no lo conocía bien ni ganas que tenía, por mí que se fuera al cuerno y me dejase vía libre para hacer lo que más deseaba en el mundo; besar sus labios... Los labios de Nicolette eran la fuente de la que yo quisiera beber para saciar una sed que comenzaba a antojárseme como insoportable.

Sus sensuales gestos, por mucho que el tema que estuviésemos tratando fuera duro, eran para mí una peligrosa tentación...

—Pues lo mismo es eso, pero te tengo en muy alta estima y por mi cabeza pasa la idea de que quizás lo sobrevaloras.

—Créeme que no, si lo conocieras, si supieras hasta dónde es capaz de llegar por mí, te quitarías esa idea de la cabeza...

## Capítulo 5



—¿Se puede saber en qué mierda piensas? Llevas días agilipollado, tío. —Alessandro era pura sensibilidad la mañana del miércoles.

—En las palabras de Nicolette, en eso de hasta dónde sería capaz de llegar su prometido por ella, ¿a qué se referirá?

—Como quieras buscarle sentido a todo lo que dicen las mujeres vas listo, fíjate lo que me pasa a mí con tu hermana, ¡qué cruz!

Lidia se había marchado el lunes a Madrid para ver a nuestros padres y desde allí se volvería a Houston. Y Alessandro volvía a quedarse con toda la cara partida, como le sucedía tras cada visita de ese torbellino.

—¿También estás hecho polvo? Estas mujeres nos traen locos, a mí me cuesta estos días hasta concentrarme en el trabajo.

—Y eso que te abstuviste de besarla, que si finalmente te lanzas, no sé si tú y yo estaríamos aquí ahora mismo o nos habría puesto el carné del paro en la mano a los dos.

Se refería mi amigo al hecho que le conté con pelos y señales, cuando Nicolette y yo nos despedimos tras un par de horas de animada conversación en el reservado.

Si algo había sacado en claro de aquel rato, que para mí valió su peso en oro, era que se trataba

de una mujer con grandes valores, entre los que sobresalía la honestidad. No es que le saltaran chispas de sus ojos al hablar de su prometido, pero sí que lo defendió a capa y espada.

—Te juro que no estoy loco, amigo; ella tenía tantas ganas de besarme como al contrario, lo mismo era por el alcohol, no te digo que no, pero que lo vi en sus ojos es un hecho. Y ello pese a que habló muy bien de James, maldita sea su estampa.

—No te digo que no. Y además piensa una cosa; que el alcohol no hace más que potenciar lo que uno lleva dentro; si le salieron esas ganas de besarte es porque también las siente en otros momentos.

—No me animes más, que esta tarde vamos a la cuadra de su amigo y me ha dicho que aprovechará para montar un poco; no quiero ni imaginármela de esa guisa, me pongo...

—Te pones berraco solo de pensarlo, no hace falta que me des más detalles...

Becarro no era el término más exacto, pero taquicárdico se le aproximaba bastante.

Quedamos a las cinco, hora en la que me envió la ubicación de su casa para que pasara a recogerla. En Pedralbes, nada más y nada menos. Y decía mi hermana que mi ático era un casoplón, si hubiera visto su mansión de revista... No es que yo entrara, ni falta que me hacía para ver que allí se destilaba lujo en estado puro.

—Impresionante—le comenté a Nicolette cuando la vi venir.

—¿La casa? —Miró hacia atrás con humildad y se quedó observándola, como si no se lo hubiesen dicho antes.

—Sí, la casa—le contesté para reafirmarme, y es que no podía confesarle que en el fondo lo había dicho por su aspecto, tan elegante como sensual...

Estaba acostumbrado a verla vestir de trabajo, incluso ya había compartido una velada con ella,



pero es que fuera a la hora que fuera y para el destino del que se tratase, su look parecía ser siempre el perfecto.

—Gracias, lo cierto es que ha quedado a mi gusto. La heredé también de mis padres... Igualmente puedes pasar a verla cuando quieras, con Doris si te apetece...

En este caso su invitación también llevaba la coetilla de Doris, pero no la incluía necesariamente.

—Me gustaría, sí, algún día podría ser, ¿por qué no? —Tampoco aludí al hecho de si la llevaría o no, igual que también me gustaría que si algún día me decidía no anduviera James por allí.

—Me parece perfecto, creo que te gustará. — ¿Lo decía con segundas o me daba a mí esa impresión? Comenzábamos un juego peligroso en el que ninguno de los dos hablábamos claro, pero en el que todo se dejaba en el aire.

—¿Sigue James de viaje? —Me aventuré a preguntarle en cuanto puse el motor en marcha.

—Sí, le ha surgido un contratiempo y va a tener que permanecer allí hasta la semana que viene como mínimo.

No había un atisbo de pena en su comentario. Tampoco es que tuviera que echarse a llorar por los rincones por no verlo en unos días, pero algo me decía que su relación era más fría de lo que cabía esperar.

—Una pena...—le comenté sarcástico porque pensé en eso de que “de perdidos al río”, una frase que había condicionado mi comportamiento más de una vez en la vida.

—¿Cómo os dicho? —me preguntó tirando del freno de mano, un gesto que me dejó patidifuso, porque bien habría afirmado que provoqué su enfado.

—Decía que es una pena que tu prometido no esté. —Con el coche parado y a las afueras de su urbanización, me lancé y la besé. Si ya estaba enfadada, igual era mi última oportunidad. ¿Qué

podía perder? Aparte del trabajo, digo.

Me resultó increíble porque era algo con lo que llevaba meses soñando, pero que no entraba en mi cabeza hacerlo, al menos no a priori. Pero es que tampoco entraba en ella que la situación se me fuese de las manos como lo estaba haciendo.

Me aparté, con el mejor regusto en los labios, y me dispuse a acatar su respuesta; si me daba una bofetada, todavía saldría bien parado... No obstante, para mi total felicidad y sorpresa, ella volvió a acercarse a mí y en esa segunda ocasión fue la que comenzó a besarme.

—Da media vuelta—me señaló cuando terminó de hacerlo. Ninguna otra orden que me diese la jefa podría sonarme mejor; lo único que deseaba, aparte de permanecer con mis labios unidos a los suyos, era desandar lo andado.

Llegamos a su mansión y nos costó salir del coche... Antes de que quisiéramos darnos cuenta, los cristales estaban tan empañados que dejaban en bragas a los de la célebre película “Titanic” cuando los protas se lo montan en el coche.

Su camiseta negra, enmarcando de aquella manera tan sensual su silueta, fue la primera prenda en salir disparada en cuanto estuvimos en el interior de su casa.

A ella le siguieron sus pantalones y sus zapatos, que vi volar por los aires hasta dejarla con aquel sexy conjunto interior negro al alcanzar la altura de las escaleras.

Besaba su cuello mientras la llevaba en mis brazos en dirección al primer piso, donde me indicó que estaba su dormitorio.... Un dormitorio que lo era porque ella me lo decía, pero que había visto multitud de casas mucho más pequeñas que este...

Su cama fue testigo de cómo empecé a devorarla, sin prisa pero sin pausa, dando cuenta del sabor de su piel de pies a cabeza. Ya la había besado en el coche hasta creer desgastar sus labios, por lo que ahora tocaba que otras partes de su cuerpo se convirtieron en el principal destino de mis atenciones...

No puedo imaginar una mayor excitación que la que experimenté al ver cómo su piel se erizaba mientras besaba su cuello, o la que me hizo elevarme hasta el cielo al comprobar lo húmedo de un sexo que sacaba mi lado más salvaje.

Mientras, el rumor de sus gemidos la mecía en olas ardientes, provocando que el vaivén de sus caderas estuviese en aquella ocasión dedicado a mí en exclusividad.

Tuve que contener el aliento ante tamaño espectáculo, pues aquella parte de su cuerpo, con la que la naturaleza la había dotado tan bien, provocaba en mí unos instintos de un calibre que yo mismo era el primer sorprendido.

Jugué con su sexo largo rato, enseñándole lo que mis dedos podían hacer: primero uno de ellos se deslizó hacia el interior de su empapado sexo, siguiéndole otro y otro...

La concatenación de sus gemidos resultaba proporcional al tamaño y dureza que iba adquiriendo mi sexo... Un sexo que clamaba por salir de su encierro y avanzar hacia aquel destino que me llamaba y llamaba...

—¿Pretendes hacerme enloquecer? —susurró en mi oído.

—Por encima de cualquier otra cosa—le respondí, mientras con mi otra mano aprisionaba sus muñecas por lo alto de su cabeza y apretaba mi sexo contra el suyo.

—Objetivo conseguido—me confesó después de gritar un orgasmo en mi oído que me pareció el mejor de los recitales.

Sus andares felinos siempre me hicieron pensar que en la cama debía ser puro fuego, pero in situ descubrí que aquel no era un fuego destinado a contenerse, sino a arrasar todo lo que se le pusiera por delante.

—Me muero por estar dentro de ti. —El nudo de mi garganta apenas me permitía dejar salir aquellas palabras.

—Y yo porque lo estés, te deseo tanto... —La suya no era una voz, sino la más sensual de las melodías; una melodía que me tenía a mí como privilegiado destinatario y a cuyos pies caía rendido.

Mi primera embestida fue reflejada por el enorme espejo que hacía las veces de cabezal de su cama... Una Nicolette de espaldas a mí, con su trasero respingón a la altura de mi cara, me indicaba que la hiciera mía mientras yo colocaba mi miembro en la entrada de su chorreante cavidad.

Tomándola por la cintura, y embriagado por el perfume natural que exhalaba por cada poro de su piel, me introduje en ella, y aquel viaje hacia su interior me pareció el más excitante y sublime que viviera hasta el momento.

Un fortísimo jadeo por su parte y la sensación de haber alcanzado tope por la mía dio paso a aquel festival de entradas y salidas que viviríamos en un asalto tan inesperado como deseado, en el que mi miembro me demostró cuánta dureza podía alcanzar para rendir tributo a una reina de corazones por la que daría la vida con tal de seguir escuchándola...

Y es que la manera en la que Nicolette se derretía en mi interior, provocando que mi miembro hirviese, me indicaba que no podía existir mayor química entre dos seres humanos....

—Vuelve a gritar para mí, Nicolette, vuelve a gritar para mí—casi le supliqué cuando, exhausta, su melodía comenzaba a apagarse lentamente.

Para lograrlo, salí de ella y, al entrar en contacto la punta de mi lengua con su clítoris, noté que esa corriente eléctrica que parecía atravesarnos a ambos se intensificaba en un punto tan rosado como brillante capaz de hacerla retorcerse del placer.

La vida hubiera dado, de ser necesario, para que la forma en la que se contrajo al alcanzar aquel enésimo orgasmo continuase durante más tiempo... El tiempo suficiente para que mis retinas atesoraran un recuerdo que quedaría grabado en ellas; nuestro primer encuentro sexual, uno que quedaba en tablas pues, si yo la hice disfrutar, no digamos ya ella a mí.

Entrar en Nicolette fue el mejor de los regalos que pude recibir en una tarde en la que su lengua también quiso obsequiarme con una danza que provocó que mi miembro alcanzara proporciones jamás antes alcanzadas... Fue tal su dureza que temí que estallara en mil pedazos cuando, tras un último recorrido por parte de su lengua, volví a tomarla por la cintura...

Esta vez nos batimos cara a cara... y mientras el fuego de su sexo me abrasaba, me vacié en ella con mis ojos en los suyos...

El mío fue un grito sordo, ya que fueron mis ojos los que hablaron y los que vinieron a suplicarle que aquella no fuera la última vez que mi sueño de poseerla se hiciera realidad...

## Capítulo 6



—Es una trola—me decía Alessandro a la mañana siguiente.

—¿Crees que bromearía con una cosa así? Te digo que estoy enamorado, amigo, enamorado hasta las trancas.

—Ya lo veo, tú no eres de poner cuernos y sin embargo se los has puesto bien a Doris. Que yo no digo nada, ¿eh? Te mereces ser feliz y yo igual de verte.

Era tal mi obsesión por Nicolette que puedo jurar que, hasta que mi amigo no me lo dijo, ni se me ocurrió pensar que le estaba haciendo la gran faena a mi pareja.

—Tío, ¿soy un cabrón? —le pregunté con la intención de que me fuera totalmente franco.

—Un cabrón, no, pero un tonto de remate, sí... Déjate de gaitas, ¿eh? Lo hecho, hecho está. Nadie te garantiza que Doris sea una santa, ¿quién sabe si ella no habrá echado alguna vez una canita al aire?

Siendo honesto, no lo veía, aunque pensarlo me facilitara bastante las cosas...

—¿Tú crees? Doris es tan formal y tan apocada...

—Y tan aburrida, que ya te lo dice tu hermana. Y es verdad... Y encima, líbrame de las aguas mansas, como reza el dicho... Igual es que no quiero que te sientas culpable, pero que cualquiera

puede pecar, tío.

Yo no sabía si lo mío era o no pecado, pero si lo era, que ardiera en el infierno, que ardiera eternamente, pero después de haberla vuelto a disfrutar al menos una vez más.

Ni que decir tiene que la tarde anterior ni habíamos ido a la cuadra ni nada que se le pareciera, bastante “relinchamos” ambos...

Todavía no era nuestra hora de entrada y quedé con Alessandro porque a alguien tenía que contarle todo lo bueno que me estaba ocurriendo.

—Doris, Doris... Tengo que tomar una determinación, amigo, tampoco es justo que esté viviendo con ella y acostándome con otra. Además, no es un simple revolcón lo que quiero con Nicolette, yo lo que quiero...

—Yo sé lo que tú quieres, amigo, y es lo mismo que querría yo—me interrumpió—, pero piensa que no se trata solo de lo que tú deseas, ella tiene la última palabra.

—¿Te refieres a que ella igual sí que lo ha visto como un simple meneo y punto? No lo creo, tú tenías que haberla visto. Y, además, hay indicios... sabes que me venía mirando desde antes, no fue algo improvisado; los dos nos deseamos.

—Hasta ahí llego, pero piensa que el deseo ya ha sido consumado. De ahí a que quiera el resto del cuento contigo va un trecho, mira tu hermana...

—No es lo mismo, tío, no me jodas... —Mi amigo le estaba dando un soplido al castillo de naipes y me lo estaba tirando abajo.

—No es lo mismo porque tú lo digas, ¿qué crees que siento yo cuando estoy con Lidia en la cama?

—Tío, un poquito de por favor, ¿no? Que es mi hermana—resoplé.

—Joder, pues también es verdad, pero es que a título ejemplificativo no se me ocurre otra cosa mejor que decirte.

—Pues procura explicarte sin darme los detalles, no vaya a ser que tengas que pedirle a los Reyes un bono para piños nuevos—le advertí.

—A ver, que encima tengo que andar hablando con un compás y una medida, que no es eso, joder... pero que yo también la siento muy cerca en esos momentos. Y luego se sube a un avión, y “hasta el verte, Reverte”...

El dicho le venía a mi amigo como anillo al dedo, porque ese precisamente era su apellido.

—Pero no me compares, que lo vuestro es el cuento de nunca acabar, siempre que parece que habéis avanzado un paso, dais otro para la casilla anterior.

—Mira qué listo, y será porque yo quiera eso. Ya sabes tú que por tu hermana daría la vida entera, que para mí una casa sin ella es una oficina, como canta Sabina, pero que tengo que acatar lo que a la señorita le venga en gana.

—Pero es distinto, que no es que Lidia no te quiera, pero que ella tiene una vida en el quinto pino, y tú hoy por hoy, aunque te adore, no formas parte de ella. Me duele ser cruel, pero es que es la verdad, amigo.

—Y ¿tú si perteneces al mundo de Nicolette? Porque te recuerdo que ella tiene un prometido rico con el que está preparando una boda de ensueño, por mucho que hayas pasado por su cama no significa que vaya a cambiar el cuento.

—Joder, ¿pero tú no me animabas a que me tirara a la piscina? Me estás tocando las narices. —Lo que en realidad me las estaba tocando era que me dijera verdades como puños, eso era...

—Y sí, pero de ahí a que ella cancele su boda... Te lo digo porque te conozco y tú eres impulsivo, lo mismo pretendes hablar con Doris y mañana te quedas sin la una y sin la otra.



Sí, en eso no se equivocaba, por supuesto que estaba en mi ánimo hablar con mi pareja. En cuanto Nicolette me diera luz verde, sería lo primero que hiciera.

Miré el reloj y comprobé que apenas quedaban quince minutos para la hora de entrada. Por muy jefa que fuese, jamás llegaba tarde, por lo que ese día tuve más interés que ningún otro en verla entrar por la puerta...

¿Con qué cara me recibiría? Una vez terminamos nuestra particular sesión de amor la tarde anterior, apenas tuvimos tiempo de despedirnos. Aquella se prolongó bastante, pese a que para mí pasara volando, y ella tenía compromisos que atender...

Esa fue la razón de que casi no tuviéramos tiempo de intercambiar impresión alguna, pues Nicolette pasó a la ducha mientras me invitó a que yo hiciera lo propio en el baño de uno de los dormitorios de invitados.

Reconozco que no pudimos ponerle el broche que se mereció a tan esperado encuentro, pero para eso estarían los siguientes...

## Capítulo 7



Al mediodía del viernes andaba desesperado, sin más... desde que mantuviese aquella conversación con Alessandro la mañana anterior, todavía estaba expectante por ver aparecer a Nicolette por el trabajo.

—¿Seguro que no ha dejado ningún recado para mí, Paulina?

Traía frita a la pobre secretaria, que debía pensar que me había vuelto majareta o poco me faltaba.

—Seguro, Lorenzo, solo dijo que necesitaba tiempo y que no podría pasar por aquí, ya sabes lo atareada que está. Mira, lo de las bodas es un peñazo total, mi hermana Candela se casó el año pasado y estresadita acabó, si hasta se le estaba cayendo el pelo del estrés.

—Ya, ya, entiendo, pero es que como Nicolette es tan responsable para el trabajo, no esperaba... Verás, es que tengo ciertos temas que departir con ella y necesitaba verla.

—Si es algo importante puedo llamarla, no vaya a ser que el barco se vaya a pique porque no esté aquí la capitana y nos corte el cuello a todos. O puedes llamarla tú, vaya tontería que estoy diciendo...

El problema era que no se trataba de cuestiones laborales, sino que eran de lo más personales las que me llevaban a desear ardientemente el verla aparecer por la puerta. Y, sin embargo, ella no parecía por la labor de dejarse caer por allí antes del lunes.

—Maldita sea, Alessandro. Meses detrás de ella y ahora resulta que, cuando por fin la tengo, ni oportunidad de hablarlo con ella al día siguiente ni al otro...

—¿Y eso no te da que pensar? Porque para mí que el único que tiene interés en hablar del asunto eres tú.

—¿En serio lo piensas así?

—No, qué va. Vamos a ver, aquí somos todos muy mayorcitos, y si Nicolette tuviese ganas de verte y hablar contigo, le habría faltado el tiempo. ¿Tú la has visto por aquí? ¿A que no? Pues yo tampoco, déjame que te diga, nos tenemos que hacer a la idea.

—¿A la idea de qué? ¿Qué sabrás tú de lo que de verdad está pasando por su cabecita?

—A la idea de que nos usan como pañuelos de papel, tú hermana, ella... Nos quieren para lo que nos quieren, para ellas somos Satisfyer con patas, ni más ni menos...

Me doblé en dos, con mi amigo no había otra. Y no era ya solo el disparate que acababa de soltar por la boca, sino la forma con la que lo había hecho.

—Cualquiera diría que te da lo mismo ocho que ochenta, amigo, qué resignación.

—Por la cuenta que me trae, que Lidia me tiene como a un panderetillo de bruja, y lo tuyo puede ser peor todavía, que a ti quien te puede tener así es la jefa... Estamos para que nos lleven las mulillas, amigo, en las últimas.

Con Alessandro me pasaba que lo mismo me tiraba de risa que me daban ganas de hacerlo desde una azotea, porque cuando se ponía negativo era único también.

—Pues tú dirás lo que te dé la gana, pero yo voy a terminar con Nicolette—le aseguré.

—Eso no lo tengo tan claro, pero que ella va a terminar contigo eso es seguro—aludió al doble sentido—, y de paso conmigo, que me estás dando una brasa alucinante.

Comenzaba así un fin de semana que no fue fácil porque Doris lo mismo es que estaba en uno de esos días, pero me organizó una tangana que me dio que pensar.

—No me apoyas y no me apoyas, te dije que tenía una presentación esta tarde y ni una llamada de teléfono me has hecho. Y encima llegas como una cuba, ¿qué te pasa, que tú solo vas a la tuya? —me preguntó al verme aparecer a última hora de la tarde.

—No, mujer, como una cuba, no, solo un poco...

—Solo tajado perdido, ¿desde cuándo bebes por la tarde?

Dicho así, me veía en las reuniones de Alcohólicos Anónimos con James y me dieron ganas de chillar... primero, porque eso no entraba en mis planes y segundo, porque prefería ir de excursión al infierno que coincidir con ese tío en ninguna parte.

—No es para tanto, a ver si para una vez que mato un gato...

Era cierto, yo podía beber una noche como cualquiera, pero desde adolescente no lo hacía a deshoras y llegando perjudicado a casa.

—No sé qué mierda te pasa, Loren, pero no eres el mismo, parece que tienes la cabeza siempre en otra parte. Y ahora esto, es el colmo... Como sigas así, me iré unos días a Madrid a casa de mis padres, yo lo que necesito es tranquilidad.

Y yo lo que necesitaba era que esa mujer dejase de gritar. Por el amor de dios, no lo había hecho en la vida y se le ocurría comenzar en un día en el que las sienas me palpitaban como si tuviesen vida propia.

Normal, habían sido varias las horas que estuve pimplando con Alessandro, desde que salimos al

mediodía y ya era casi la hora de cenar. Y la otra decía que yo tenía la cabeza en otra parte; no, la seguía teniendo en la misma; en Nicolette, suerte que ella no lo sabía.

El sábado y el domingo amenazaban con ser demasiado largos; me iba a tocar contar las horas a la espera de un lunes que me devolviera lo que más deseaba ver en este mundo; aquella sonrisa que alegraba mi alma y que tenía la capacidad de cargarme las pilas a la tope.

Viendo a Doris chillarme de esa forma, pensé que, por mucho que Alessandro me recomendase prudencia, estaba llegando el momento de tomar decisiones en mi vida...

Aquellos días cumplieron su promesa y fueron extraordinariamente largos, algo en lo que influyó la actitud de una Doris que, por primera vez, se negó taxativamente a hablarme...

Aunque la situación no fuese precisamente llevadera, una parte de mí casi que lo agradecía. Nuestra relación comenzaba a hacer aguas por los cuatro costados y era hora de que gritara aquello de “¡sálvese quien pueda!”

## Capítulo 8



Un frío “tú qué sabrás de mi vida” fue el que sirvió para hacerme poner los pies en la tierra. Ocurrió el lunes a media mañana... Nicolette había llegado a primera hora, pero no fue hasta esa cuando me permitió pasar a su despacho.

—Buenos días, Lorenzo—me soltó como si se tratase de otro cualquiera, como si el anterior que nos vimos no nos hubiésemos amado y he de reconocer que el tono de su voz me dolió un poco.

—Buenos días, Nicolette. —Traté de buscar una respuesta en sus ojos, algo que me hablara del porqué de su desaparición en aquellos días y la razón por la que no saltaba interiormente cuando me veía, como estaba haciendo yo.

—Me ha dicho Paulina que has estado preguntando por mí estos días, que teníamos unos asuntos que departir. Pues bien, ya estoy aquí, tú me dirás...

Algo no iba bien, y aunque yo no quería ser un cenizo como Alessandro, tenía que rendirme a la evidencia. En la soledad de su inmenso despacho, me abrí en canal. Era en ese momento o nunca.

—Nicolette, yo... Después de lo sucedido el otro día, me era imposible pasar sin verte. He tenido muchas veces el teléfono en la mano, pero no me atreví por si te importunaba, por si te ponía en un compromiso, aun a sabiendas de que James no estaba.

—¿Lo sucedido el otro día? —me lo preguntó como si ella no estuviera al tanto, como si hubiese sido yo solo el que disfrutó de aquel momento tan sublime, uno en el que pensé que había

cambiado mi vida para siempre.

—Sí, Nicolette, ya sabes; lo de la otra tarde, cuando por fin tú y yo...

—Cuando por fin tú y yo, nada, Lorenzo. ¿Y sabes por qué te digo esto? Porque el “tú y yo” no existe, existe el “James y yo” es así de sencillo. Y cuanto antes te metas eso en la cabeza y te olvides de lo sucedido, mucho menos sufrirás.

Sus palabras no me cayeron como un jarro de agua fría, sino como uno de agua congelada. Me quedé inmóvil y con una sensación que mezclaba el ser un tonto de capirote con que me hubiera apaleado... Lo peor es que aquellos no eran palos físicos, sino que sentí que Nicolette me apaleó el alma.

—¿Menos sufriré? ¿Y qué hay de ti? También participaste en ello, también vi la ilusión en tus ojos... No puedes decirme que solo sea cosa mía, no puedes quedarte al margen de algo que hicimos los dos porque nos apeteció a ambos.

—Tú lo has dicho, porque nos apeteció, fue un simple capricho y, como tal, lo hicimos y punto. Somos mayorcitos y confío en tu absoluta discreción, a ninguno de los dos nos conviene un escándalo—me señaló.

Otra con lo de “mayorcitos”, iba a terminar odiando esa expresión. Y claro que a ninguno de los dos nos convenía un escándalo. En particular, no me convenía nada de nada a mí, que aparte del vapuleo mental podría traducirse en que ella me pusiera de patitas en la calle.

No quiero decir con esto que Nicolette tuviese una potestad absoluta para prescindir de mí como si fuese un muñeco de trapo, pero sí que podría hacerlo previo pago de su importe, a cambio de pagarme una indemnización económica que dejaría indiferente a su abultado bolsillo y que le serviría para perderme de vista llegado el momento.

—¿De veras vas a decirme que fue un simple capricho? Tú misma me dijiste que me deseabas tanto, ¿mentías? —La ira se reflejó en mi rostro, podía sentirla.

—No mentía, en ese instante te deseaba, pero no te llames a engaños; te deseaba en mi cama, que yo recuerde, en ningún momento te dije que fuera a meterte en mi vida.

Me dejó planchado, porque además me impresionó el tono frío que utilizó para darme unas largas que me dolían por encima de ninguna otra cosa en el mundo.

—No, no me lo dijiste, pero yo sé lo que vi en tus ojos... y también sé lo que vi con anterioridad a ese día, a mí no puedes engañarme.

—Eres tú solo el que te engañas, sabes que soy una mujer prometida, con un pie ya en el altar, y tú también tienes tu vida con Doris. No voy a negarte que nos lo pasamos muy bien y que me sirvió para relajarme de las tensiones de los preparativos de la boda, pero hasta ahí.

Se podía decir más alto, pero no más claro.

—Entonces, ¿yo he sido un mero entretenimiento para ti? ¿Un capricho con el que pasar el rato y luego dejar olvidado en un rincón?

Ganas me dieron de parafrasear a mi amigo Alessandro y decirle eso de un Satisfyer con patas, pero me abstuve.

—Me temo que sí, y sobre todo me lo temo porque creí que ambos jugábamos a lo mismo, no pensaba que te estuvieras creando otras expectativas. Si no te lo dejé lo suficientemente claro, te pido perdón.

—Perdonada estás. Y ahora, si no me necesitas, tengo mucho trabajo que hacer. —Me levanté y guardé mi mirada iracunda para mí, no era plan de empeorar más las cosas, aunque conservar mi puesto de trabajo no era la prioridad para mí en ese momento.

Mi prioridad era otra; la de lograr borrar la cara de pringado que se me había quedado tras su negativa a reconocer que pasó algo importante entre nosotros.



Al salir de su despacho, eso sí, fueron tales mis nervios que su puerta de cristal se me fue y el portazo resonó en toda la planta. No hubo uno solo de mis compañeros que no levantase la vista.

—Perdón, se me ha ido, malditas puertas—me disculpé.

Aunque en más que en maldita puerta, lo que yo estaba pensando era en maldita y perra suerte la de un día en el que todas mis expectativas se vinieron abajo.

Alessandro, que me conocía también a la perfección, no tardó en acudir a mi despacho.

—¿Hacemos un kit-kat y nos tomamos un café?

—No quiero café ni un rayo que me parta, además, el trabajo se me atrasó la semana pasada por no tener la cabeza donde debía tenerla.

—Eso ya me lo puedo imaginar, pero en el estado en el que estás ahora mismo tampoco vas a lograr sacar mucho adelante. No seas cabezota, vámonos...

Le hice caso, tomar algo de aire fresco me vendría bien, porque la cabeza la tenía totalmente a reventar.

—Te ha dado calabazas, ¿no es eso?

Acabábamos de pedir el café y ni ganas de mirarme tenía.

—Sí. Y no se te ocurra recurrir al típico “te lo dije”, que de listillos está el mundo lleno.

Estaba de un mal humor que no podía soportar ni yo, fuera de mí, amargado por completo.

—Pues nada, amigo, ya sabes lo que se siente. Y tú al menos tienes a Doris como premio final de consolación, pero yo tengo a una almohada que cada vez me hace menos caso, eso es todo lo que tengo para...

El muy mequetrefe de él hizo como que la agarraba y la besuqueaba y yo me eché a reír, imposible no hacerlo pese a que no tenía ganas ni de mirarme.

—Amigo, mejor será que nos volquemos en el juego, que ya sabes que dicen que “afortunado en el juego, desafortunado en amores”, y como lo segundo ya lo tenemos, ahora solo nos falta lo primero.

—Pues mira, no te voy a decir yo que un viajecito a Las Maldivas no nos viniese genial, la verdad sea dicha...

—A Las Maldivas o a la Conchinchina, yo hoy me iría a cualquier sitio con tal de quitarme de en medio. ¿Sabes qué es lo peor?

—Lo imagino, pero cuéntamelo tú.

—La sensación de ridículo, el creer que los dos estábamos en la misma onda y luego caer en que no, en que el único tonto que creía que aquello era algo más que un polvo era yo.

—No sé por qué, pero lo que me estás contando me suena.

—Pues ahora que lo he vivido en primera persona, te digo que te admiro, fijate...

—¿Y por qué me admiras? Yo lo que me considero es un pardillo cada vez que tu hermana me dice “bye”, sin saber cuándo será la próxima vez que la vea o si habrá una próxima, porque cualquier día me pone de foto de perfil una foto con un tío y se me acaba el cuento.

—Por eso, por eso te admiro. Porque ella no te da ninguna esperanza, y hace su vida, y siempre te tiene ahí al final cuando te necesita. Tú siempre estás para ella y Lidia va y viene a su antojo. Tú...

—Yo la quiero y estoy enamorado de ella, no hay más trampa ni cartón. Es solo eso, amigo—me

aclaró.

—¿Y te parece poco? Lidia es mi hermana y yo la adoro, pero contigo se comporta como una consentida y tú ahí, al pie del cañón.

—Es eso o no tenerla más. Y como esa idea sí que se me hace insoportable, prefiero quedarme con lo poco que me da. Un “poco” que se convierte en “mucho” cuando la tengo entre mis brazos.

—Somos dos pringados, amigo. Y yo, que sí tengo a una mujer que me quiere en casa, la estoy perdiendo. No sabes la que tuvimos el viernes a consecuencia de que llegué borracho, la dejé colgada y no me lo perdona.

—¿Te esperaba para algo? Pues sí que te luciste entonces, porque llegaste para sopitas y buen vino, punto redondo.

—Lo del buen vino te lo puedes ahorrar, que ya pimplamos bastante...

## Capítulo 9



La semana fue pasando sin mayores cambios; a un ambiente enrarecido en el trabajo se le sumó otro todavía más en casa. Doris casi ni me dirigía la palabra y descubrí en ella una faceta rencorosa que hasta entonces no había sacado.

El viernes al mediodía, aunque lo que me apetecía era quedarme con Alessandro a ahogar las penas en alcohol, no lo hice por miedo a que las cosas se pusieran todavía peor en casa. Cierto que yo había decidido mandar mi anterior vida al garete por Nicolette, pero cuando vi la realidad del asunto, el mundo se me vino encima.

No quiero decir con esto que fuera a agarrarme como a un clavo ardiendo a Doris, porque eso sería tremendamente injusto también para ella, pero sí que necesitaba algo de paz para ir planteándole una separación física.

Ante todo, he de decir que no me considero un cobarde y que la opción de estar con una persona por el mero hecho de no quedarme solo no me resultaba en absoluto ético. Pero tantos años de convivencia tampoco debían tirarse por la borda de mala manera, qué menos que esperar al momento apropiado...

Llegué a casa y Doris me indicó, con más gestos que palabras, que había pedido almuerzo y que estaba en el frigo.

—¿No te quedas a almorzar conmigo? —le sugerí porque, en el fondo, el haber vuelto para comer tenía que ver con que lo hiciéramos juntos.

—No, lo siento, tengo trabajo—sentenció y giró sobre sus talones.

Vaya por delante que yo estaba de un humor de perros, lo que no nos ayudó en absoluto, pues la pifíé.

—Genial, yo dejo a Alessandro colgado para venir a almorzar contigo, y al final me toca comer solo.

—¿Cómo? Yo no te he pedido nada, de modo que ya sabes dónde está la puerta. Si lo que te apetece es irte con tu amigo, por mí no hay pega ninguna, solo tienes que llamarlo e ir a emborracharte con él, ya sabes dónde está la puerta.

Sin saberlo, me acababa de dar donde más me dolía. Lo último que quería es que me echara en cara de nuevo que me hubiese emborrachado el viernes anterior, sobre todo porque me tocaba la moral que yo mismo pudiera encontrar alguna semejanza entre James y mi persona.

Sé que lo que estoy diciendo es una soberana idiotez, porque yo no tenía el más mínimo problema con el alcohol, pero lo que me ocurría es que estaba tan sensible con todo lo que tuviese que ver con Nicolette que no daba pie con bola.

—¿Pues sabes qué? Que te voy a hacer caso, mira tú por dónde, que yo también estoy cansado ya de tus desaires.

Salí por la tangente, aunque bien sabía que no estaba siendo justo. Doris nunca había sido un chorro de alegría y aunque llevaba un tiempo más de morros de lo normal por cuestiones laborales, tampoco tenía derecho a tratarla de ese modo.

—¿Cansado de mis desaires? Como si tú hubieses estado muy atento a mí, ¿te crees que no me imagino que tu hermana te avisó a última hora de nuestro aniversario y buscaste lo primero que se te ocurrió? No pasó lo del año pasado de chiripa, que sé muy bien lo que digo.

Por suerte o por desgracia, las mujeres son de lo más observadoras y Doris llevaba un tiempo dándose cuenta de que yo no era el de siempre. Cierto que el año anterior yo no conocía a

Nicolette y aun así también me olvidé de nuestro aniversario, pero que es que llevaba tres meses en el limbo.

—Habló la volcada en la relación, no te fastidia. Mira, déjame que me duele la cabeza, ¿o ese pretexto era tuyo cada vez que no querías sexo? Es que ya me estoy liando...

Fue irónico y eso que no sería ser cruel. Llevábamos demasiado tiempo ignorando los problemas entre nosotros, nunca nos sentamos a hablarlos. Y la bola de nieve se hizo demasiado grande... y para colmo, llegó Nicolette y le metió más presión, sentándose encima de ella.

—¿De qué tienes tú que acusarme a mí? ¿De ser una mujer trabajadora que mira por lo suyo? No, si te parece me tendría que haber quedado en la cocina, a poder ser atada a la pata de la mesa.

Tampoco tenía guasa la muchacha ni nada, porque yo, faltas tenía a patadas, pero de ser un cavernícola no podía acusarme.

—Nunca pretendí eso, pero al menos sí que mostraras un poco más de atención a todo lo que tuviera que ver con nosotros, que era imposible sacarte de casa para nada, todo el día con la cara metida en la pantalla del ordenador. Y mejor así, porque cuando la sacabas, te llegaba al suelo.

Me despaché a gusto, esa es la realidad. Creo que Doris aquel día pagó sus platos rotos y los de Nicolette...

—Muy bien, pues ahora vete a la puñetera calle y así no tienes que ver mi cara de un metro, ¿no es eso lo que quieres? Pues ahí lo tienes, vete con viento fresco donde mis ojos no te vean, so insensible.

Fue categórica y me señaló la puerta. Ella, que seguiría trabajando toda la tarde, no tenía intención de que estuviera allí importunándola, aunque en el ático podían correr caballos y poca posibilidad tendríamos de coincidir salvo que alguno de los dos lo provocase, algo bastante improbable, por otra parte.

—Pues, alehop, ¡ahí te quedas! —le dije y salí andando. Lo de que me dolía la cabeza no era un

decir, sí que me dolía; me dolía tanto que creí que me iba a reventar cuando atravesé el marco de la puerta.

—¿Está bien, Lorenzo? —me preguntó Carmelo, el portero, cuando salí en dirección a la calle.

—Estoy bien, no se preocupe, solo que ando un poco con dolor de cabeza.

—Pues tómese usted algo que da miedo verle la cara, parece que lleve los ojos inyectados en sangre...

Cogí el coche y me fui pitando para casa de Alessandro. En el espejo comprobé que era cierto lo que me decía Carmelo, que tenía un aspecto fantasmagórico.

—Hoy sí que la vamos a coger doblada—le avancé a Alessandro en cuanto se subió al coche.

—Pues ve dejando aquí el coche y llamando a un taxi, que no quiero tonterías...

Le hice caso porque era mejor prevenir que curar, y lo de beber aquel día era más una necesidad que un placer. Por Dios que la actitud de Nicolette estaba haciendo peligrar mi salud mental, ¿a qué jugaba esa mujer?

Siendo justo, ella no había jugado a nada; simplemente se limitó a disfrutar del polvo que echamos y punto, sin complicarse más la vida. Era yo el que no paraba de buscarle los tres pies al gato.

—Te juro que me está volviendo loco, no puedo con su indiferencia, con esa actitud de parecer que la cosa no va con ella cuando yo me estoy muriendo por dentro, tío.

—No te vayas a ofender por lo que te digo, pero es que un poco melodramático sí que eres. Si yo me hubiera puesto así cada vez que Lidia pasara de mí, tendría que haberme colgado de un pino hace tiempo. Y va a ser que no, amigo, que la vida es demasiado bonita para eso.

—Ya sé que es bonita, aunque lo cierto es que yo ahora no le veo la belleza por ninguna parte.

Mira, a esto sí que se la veo— miré la botella de Cardhu, y me pareció la mejor amiga para aliviar mis penas en ese momento.

—Joder, si hasta parece que le tienes más aprecio que a mí—me soltó el celoso de Alessandro.

—Parece, dice...—bromeé, pensando en que suerte tenía de tenerlo a él en una ciudad a la que me estaba arrepintiendo de haberme trasladado.

—Entonces, que me haga yo la película en la cabeza, Doris está que revienta y en cualquier momento te estalla todo esto en la cabeza. Yo de ti iría preparando el terreno, porque para mí que te vas a quedar compuesto y sin novia.

—Mira el lince este, no sé cómo lo has adivinado. En serio, tío, me siento mal por ella, pero es que no puedo a sacarme a Nicolette de la cabeza. Si es que pongo la cabeza en la almohada y me viene su olor de inmediato...

—Pues ya tienes tú el olfato fino, que os acostasteis en su casa y no en la tuya, mentecato.

—Qué chistosito estás tú hoy, ¿no? Ya me entiendes, que hay momentos que creo que se me va a ir la perola, tío.

—Mira, amigo, te voy a ser totalmente franco. Tú a Doris ya no la quieres, y lo mejor que podéis hacer es daros carta de libertad. Pero que si fuera tú tampoco me haría demasiadas ilusiones con Nicolette, que esa va derecha para el matadero, digo para el altar.

—Maldita sea, pues sí que me lo estás pintando bonito. ¿Por qué tiene que ser así? Ella no lo mira a él como me mira a mí, eso lo sé.

—O como te miraba, porque yo esta semana no le he visto ni un solo gesto que pueda alentar tus esperanzas, qué quieres que te diga.

Si Doris no era la alegría la huerta, mi amigo tampoco es que fuera para tirar cohetes en lo que



referente a un tema que, según él, era mejor que diera por finiquitado.

—¿Y te los da a ti mi hermana?

Lo cierto era que no, que Lidia pasaba de él como de comer mierda cuando se volvía para Houston.

—Pues mira listo, no, la verdad es que no me las da, pero hasta que no la vea mandando invitaciones de boda con otro, puedo hacer lo que me dé la real gana. Tú lo tienes más chungo, sobre todo porque ella te lo está dejando clarinete.

Nuevas verdades como puños, pues otro gallo me hubiese cantado si en Nicolette viera un solo gesto indicativo de que podría cambiar de opinión, pero fue indiferencia lo único que encontré en una semana laboral que culminó conmigo agarrado a la botella.

—No me digas que vas a tomártelo así a palo seco —Alessandro no estaba muy por la labor...

—Pues sí, que lo que quiero es que me anestesie pronto.

Y lo logré. No recuerdo ni cómo llegué a casa, solo sé que por la mañana me juré a mí mismo que había sido la última vez que bebía sin freno por ella.

Con un dolor de coco impresionante debido a la resaca, una idea pasó por mi cabeza, ¿sería Nicolette la causa del pasado alcohólico de James? No tenía ninguna prueba que apuntase en esa dirección, pero viendo el cariz que estaban tomando para mí los acontecimientos, tampoco tendría nada de particular.

Como tampoco lo tuvo, en otro orden de cosas, que Doris se pasara de nuevo todo el fin de semana sin hablarme. Nada podía reprocharle, dado que el hecho de que llegara nuevamente borracho provocó su absoluto rechazo.

Me pasé todo el fin de semana haciendo deporte y tratando de apartar mi obsesión por Nicolette

de la cabeza. Todo en vano, porque esta parecía haber llegado a ella para quedarse y era imposible arrancármela de allí.

Volver al trabajo suponía para mí una auténtica tortura, porque comprobar la indiferencia de Nicolette no era algo que yo le desease ni a mi peor enemigo.

## Capítulo 10



Vuelta al trabajo el lunes por la mañana. No miento si digo que de buen gusto me hubiese quedado en la cama aquel día, estando como estaba con los ánimos por los suelos entre unas cosas y otras.

El asunto no era para menos, y es que, aunque Nicolette era una mujer que me había atraído muchísimo desde el principio, haberme atrevido a dar aquel primer paso en el coche había dado un giro radical a mi vida, quisiera o no. El maremágnum de emociones que se desató en mi interior a raíz de aquel beso fue el comienzo del verdadero alejamiento entre Doris y yo.

Sin ganas ni de mirarme al espejo, entré cabizbajo en mi despacho y dejé la chaqueta sobre el respaldo del sillón. No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió de repente y apareció ella, cual estrella de la gran pantalla, impecable con su elegante traje chaqueta de Chanel de cuadritos y falda corta. Para no variar, venía perfectamente maquillada y peinada con un moño desenfadado a lo Carlota Casiraghi que resaltaba sus preciosos rasgos.

—¿Tienes un par de minutos? —me preguntó con voz más suave ya mientras cerraba la puerta.

Dándomelas de interesante, eché un vistazo al reloj.

—Bueno, tenía que llamar a Sacha, pero tú dirás.

—A ver, Lorenzo, me gustaría hablar contigo. Sabes que no me gustan los malos rollos.

—A mí tampoco, tú también me conoces ya lo suficiente como para saber de qué palo voy.

—Quizás me pasé un poco contigo la última vez que hablamos.

—Bueno, siempre he dicho que hay maneras y maneras de decir las cosas —Mi tono de voz era gélido.

—Por eso. Reconozco que tal vez no estuve muy acertada con mis palabras, pero...

—Nicolette, déjalo, ¿vale? —la interrumpí—. Si has venido a decirme lo mismo, pero con otras palabras, puedes ahorrártelas. No me lo tomes a mal, pero ya me ha quedado todo claro como el agua. Soy lo que soy, y punto pelota.

—Lo siento mucho, Lorenzo, de veras.

—No lo sientas. Las cosas son como son. La culpa fue mía por dejarme llevar por... Bueno, da igual.

—No te culpes, te recuerdo que yo también participé en el juego.

—En el juego... en fin—Me hacía tela de pupa la palabra porque ese era el resumen de la historia para ella, mientras que para mí había significado mucho más.

—Está bien, está bien. No te molesto más. Solo he venido a pedirte que olvidemos lo sucedido para que eso no afecte a nuestra relación laboral, ¿vale?

—Muy bien, y ahora, si me disculpas, tengo que llamar a este hombre —Me atreví a decirle, crecido por su bajada de humos.

—Claro, sigue con lo tuyo. Yo también tengo mucho jaleo esta mañana.

Nicolette se despidió de mí con un simple “hasta luego” y se marchó sin más, dejándome con la sensación de que me iba a resultar harto difícil continuar trabajando allí bajo sus órdenes, como si

nada hubiera pasado entre nosotros.

Por supuesto, lo de la llamada al tal Sacha había sido una simple excusa para abreviar un encuentro tan inesperado como indeseado. Hubiera preferido mil veces que se personara en mi despacho para comentarme cualquier asunto de trabajo, y no para seguir metiendo el dedo en la llaga como acababa de hacer.

Con no mucho más que hacer que intentar tratar de serenar mi cabeza, no se me ocurrió mejor idea que llamar a Doris para avisarla de que no iría a comer. Necesitaba ganar tiempo y pensaba almorzar con Alessandro para ponerle al corriente de todo lo ocurrido en el fin de semana, seguro de que su opinión me ayudaría esa vez.

El caso es que Doris no me cogió el teléfono. Sabía que a esas horas ella también estaba ya currando, por lo que no le di demasiada importancia al tema. Distinto fue cuando la llamé por segunda y tercera vez con el mismo resultado.

Con las cosas así, desistí de mi plan de almorzar fuera y, antes siquiera de dar la hora, salí escopetado de mi despacho.

—Paulina, si me llamase Albert, dile que he tenido que irme antes para hacer una gestión en el banco, pero que le llamaré luego en cuanto vuelva.

—No te preocupes, ¿pasa algo?, ¿a qué vienen esas prisas?

—No... bueno... —titubeé —, es una cosilla personal.

—Tranquilo, que yo le paso el recado.

—Gracias, eres un sol. Me voy volando.

La mujer me miró con extrañeza, cosa nada rara. Soy una de esas personas que llevan por emblema la puntualidad en el trabajo, tanto a la hora de entrar como de marcharme, así que mi

secretaria debió quedarse pensando que algo muy gordo me traía entre manos para abandonar mi puesto aquel día como alma que lleva el diablo, casi media hora antes. Y tanto, no sabía ella bien lo que se estaba cociendo a sus espaldas...

El silencio sepulcral al abrir la puerta de casa me alarmó, y es que Doris solía tener siempre tenía puesta música mientras curraba.

—¿Doris? —pregunté en voz alta, pero no obtuve más respuesta que el eco de su nombre contra las paredes del recibidor.

Entré directamente a la cocina, pero allí solo me encontré con los mismos vasos del desayuno en el fregadero y una nota en un folio sobre la encimera que no hizo sino aumentar mi malestar: “Me he ido a Madrid para ver a los míos. Necesito alejarme unos días para aclararme. Ya te avisaré cuando piense regresar”.

Ni más más ni más menos. Y, conociéndola, no quise insistir con mis llamadas por no echar más leña al fuego, que bastante caldeada estaba la cosa ya.

Al día siguiente volví a coincidir con Nicolette, y digo bien con lo de coincidir, pues esta vez fue algo fortuito. La casualidad quiso que llegásemos justo a la par esa mañana. Hubiera podido evitarla subiendo por las escaleras, pero no estaba dispuesto a chuparme a pata los siete pisos hasta alcanzar esa planta en que se encontraban nuestros despachos, de manera que esperé con ella el ascensor.

—Buenos días, Lorenzo —El efusivo saludo al verme, acompañado de una de sus indescriptibles sonrisas, supuso para mí la nota agridulce de la mañana.

—Buenos días —Mi respuesta fue bastante más recatada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por? —disimulé.

—No sé, no tienes muy buena cara que digamos. Se te ven ojeras.

Instintivamente, me giré para mirarme en el espejo del ascensor.

—Bueno, no he dormido muy bien, la verdad.

—¿Y eso?

—Me desperté a las cuatro y pico y ya no pude volver a enganchar el sueño —Eso era también cierto.

—Mira, Lorenzo, soy consciente de esta tensión, pero creo que te vendría bien un café. ¿Quieres pasarte por mi despacho? —me ofreció.

Me lo pensé un poco. Sabía que, de aceptárselo, no íbamos a hablar precisamente de temas de trabajo mientras lo tomábamos, y no tenía clara la conveniencia de entrar en el terreno personal con ella, pero Nicolette insistió.

—Anda, venga, te vendrá de fábula para espabilarte.

Contemplándola de espaldas en tanto preparaba un par de tazas, mi imaginación se desató por unos instantes; como si no hubiese mediado aquel corte, eché el pestillo de su puerta y me acerqué despacio hasta aquella diosa que me tenía quitado el sueño desde hacía tiempo. La rodeé por la cintura con mis brazos y empecé a besarle lentamente el cuello, aspirando ese perfume que podría hacer enloquecer a cualquiera.

Su pregunta al darse la vuelta me arrancó de cuajo de mi ensimismamiento.

— Y bien, ¿puede saberse el motivo de ese desvelo?

—¿Perdón? —Palabra que me pilló totalmente fuera de juego.

—Tranquilo, no tienes por qué contarme nada si no te apetece, pero me da que tienes algún problema en casa que te preocupa, ¿me equivoco?

Tentado estuve de negárselo, pero fingir no es lo mío. Desde luego, como actor no me ganaría la vida.

Al final terminé confesándole el motivo, si bien mi problema con Doris no era el único.

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber.

—Si te digo la verdad, ahora mismo estoy hecho un verdadero lío. Sé que esta historia, al paso que va, no tiene ya mucho sentido, pero te reconozco que también tengo mis dudas sobre si darle ya el tijeretazo.

—No puedo aconsejarte. Cada pareja es un mundo —se limitó a decirme.

Y tan pancha que se quedó. Ella se quedó así, pero yo me quedé de piedra como una estatua cuando por la noche, a eso de las once, sonó el telefonillo de mi casa y la vi a través de la pantallita. Aunque la frase esté más vista que los tebeos, el corazón me dio un vuelco. Me temblaban las manos al abrir la puerta de mi ático.

Recuerdo que aquella noche yo tenía puesto un canal de música en la tela y que justo en esos momentos sonaba “Sealed with a Kiss” (Sellado con un beso).

Un beso... un beso me había hecho rozar el cielo en un momento puntual para luego arrojarme a los infiernos de un día para otro, nunca mejor dicho.

—Qué romántico tú —me soltó guiñándome un ojo.

No tuve tiempo de decir ni esta boca es mía. Mi, por encima de todo, jefa, me la selló directamente con sus labios y mis dedos volvieron a tocar las estrellas del tirón dejándome llevar



por ellos.

“I'll send you all my love every day in a letter sealed with a Kiss” (te mandaré todos mis sueños a diario en una carta sellada con un beso), la preciosa balada, versionada por Jason Donovan, ponía la guinda a una escena que jamás pensé que volviera a repetirse entre nosotros.

Esa princesa que se había colado por mis puertas sin previo aviso pronto se quitó la diadema y demás abalorios de su disfraz para dar paso a una fiera hambrienta que a punto estuvo de hacerme saltar los botones de la camisa con su impaciencia.

De hecho, el primer “asalto” tuvo lugar allí mismo en la entrada. Nicolette me apresó contra la pared y, besándome ya con más “furia”, me desabrochó los vaqueros en busca de ese miembro que por segundos se iba transformando en una espada en toda regla.

Recuerdo su mano acariciándomelo hasta comprobar que me tenía a punto de caramelo, momento en que me apartó para invertir los papeles poniéndose ella de espaldas a la pared y alzando una pierna para que la penetrase sin más preámbulos.

No fue mucho más tranquila nuestra segunda sesión en la cama, a la que siguió una tercera similar. Por un momento incluso llegué a temer que me reventase los labios, y es que aquello no eran besos...

Lo malo es que, con tanto ímpetu hasta caer exhaustos, ni echamos cuenta al reloj y no hubo alarma alguna que nos despertase al día siguiente. En su lugar, lo hizo la sirena de una ambulancia a toda pastilla por la calle, y tarde, puesto que a esas horas ya tendríamos que estar los dos de camino al trabajo.

—Santo cielo —exclamé al ver la hora.

—Tranquilo, que hoy tu jefa no te va a decir nada si llegas tarde —bromeó sonriendo.

Ella no. Lo malo es que cuando estábamos a punto de salir de casa, oímos las llaves y la puerta se abrió de repente.

Allí estaba Doris, quien al vernos se quedó boquiabiertas antes de empezar a chillar como una loca.

Nicolette me dejó a solas con esa otra fiera, pero una fiera de verdad, nada de tonterías, escabulléndose escaleras abajo con sus taconazos de charol.

—¡¿Así que ese era el motivo de tu distanciamiento, no?! —gritaba—. ¿Es esa la fulana con la que te emborrachas? ¿Eh? ¡Di, so sinvergüenza!, ¡no te quedes callado!

Lo mío me costó convencerla de que bajase la voz para no dar un numerito ante los vecinos. Y de nada me hubiese servido intentar ocultar la evidencia, lógicamente, de manera que aproveché para explicárselo todo.

Aunque estaba tan nervioso como ella, procuré escoger bien las palabras con que hablarle para no herirla más, y no en un intento de que me perdonase. El mismo resultado hubiese conseguido hablándole con menos tacto, y es que Doris terminó su sarta de improperios mandándome al cara... A mí y a Nicolette, de paso.

—No quiero volver a verte ni vivo ni muerto.

Esas fueron sus últimas palabras hacia mí...

## Capítulo 11



Tembloroso, llegué a la oficina y Nicolette me hizo pasar a su despacho.

—Cielos, me siento fatal por lo ocurrido, yo no pretendía perjudicarte, Lorenzo.

—Olvidalo, ha sido un mal trago impresionante, pero lo doy todo por bien empleado si esto me acerca más a ti.

Su silencio me escamó y no poco. Cierto que ella y yo no habíamos hablado ni media palabra de un posible acercamiento, pero ¿acaso no lo indicaba así el que se hubiera presentado en mi casa, metido en mi cama y hasta quedado a dormir?

—Lorenzo, yo... No sé lo que estarás pensando, pero no quiero...

Ya sabía yo lo que quería decirme. Eso lo definiría muy bien mi amigo Miguel, que era de Cádiz, y en casos así siempre decía que no había que hacerse la picha un lío. Pues ella lo mismo, pero en elegante, que solo le faltaba exhalar oro líquido por las axilas.

—Si vas a decirme que lo que ha ocurrido esta noche tampoco cambia nada, por mí puedes ahorrártelo, porque no tengo ganas de escucharlo. No sé a qué estás jugando, Nicolette, pero lo que tengo claro es que no estoy dispuesto a aguantar lo que no está ni en los escritos con tal de complacerte.

No, por alguna razón (seguramente porque el atractivo físico entre ambos era evidente) yo le había

caído en gracia y ella pensaba que podía entrar y salir de mi cama cuando le viniese en gana, pero yo tenía que cortarle el rollo.

Acabáramos, por eso su intento de acercamiento, porque me la iba a volver a jugar... y luego pretendía que yo siguiera actuando como si tal cosa, a sabiendas de que tenía sentimientos por ella.

Si lo que Nicolette quería era una distracción, que se buscara un mono de feria, o en todo caso un gigoló si lo que deseaba era que le dieran candela. Estaba fuera de mí, odiaba pensar en ella en esos términos, pero es que me estaba matando lentamente...

—Lorenzo, yo... Hoy por hoy no puedo ofrecerte otra cosa, lo siento, pero así es—concluyó.

Total, que pasito a pasito, cada vez me iba dando más coba. Al menos el primer día que nos acostamos tuvo la decencia de largarme en cero con dos, pero este último se había lucido, ¿cómo pensaba ella que interpretaría el hecho de que se quedase a dormir?

No había otra; Nicolette se había propuesto volverme loco y lo estaba logrando. Y yo, si quería seguir trabajando allí tendría que hacerme a la idea de que no volveríamos a estar juntos.

—Me parece perfecto, pero entonces yo tampoco puedo ofrecerte nada más. Quid pro quo, las cosas funcionan así.

No quiero parecer machista ni mucho menos, pero me puse en el pellejo de esas mujeres que se quejan de la actitud de ciertos hombres, que solo las quieren para la cama y huyen totalmente del compromiso. Así me sentí yo en manos de mi jefa.

En el caso de Nicolette no podía decirse que ella huyera del compromiso, solo del compromiso con alguien como yo, que no era rico. Y eso me dolía más de lo que pudiera imaginar.

No es que yo fuera un muerto de hambre, que eso me lo recordaba Lidia a cada momento cuando le comentaba cómo iba el culebrón, pero tampoco tenía el poderío de un James que parecía haberla comprado; literalmente. Menos lo entendía todavía cuando pensaba en el imperio que ella

había heredado, pero la suya parecía ser una de esas bodas por interés que se pactaban en siglos pasados.

—No es lo que imaginas, Lorenzo, a mí no me gusta jugar con las personas.

—Y entonces, ¿qué es, Nicolette? Porque yo quisiera una explicación... explicación que estoy seguro de que no vas a poder darme.

No me equivoqué, y como así fue, al cerrar la puerta de su despacho me juré a mí mismo que no era la única que cerraba ese día, también encontraría mi corazón cerrado a cal y canto a partir de ese momento.

## Capítulo 12



Puedo prometer y prometo que esa fue mi firme intención a partir de ese momento. Sabía que no sería fácil, pero también tenía la firme convicción de que lo conseguiría... Craso error.

Lo que sí puedo asegurar, porque es la realidad, es que en esta ocasión le di la vuelta a la tortilla y fui yo el que le demostró indiferencia a Nicolette... Una indiferencia totalmente fingida porque no había paso que diera en la oficina que yo no siguiera secretamente desde lejos.

De quien sí logré apartarme fue de la botella, porque todo menos seguir el camino de ese hombre al que tanto detestaba. Sin saber si su adicción tenía o no que ver con Nicolette, me había propuesto no seguir sus pasos. Yo siempre fui un tío sano y me volqué en el deporte.

—Vas a acabar conmigo—me decía Alessandro durante aquellas semanas, en las que tan pronto como salíamos de trabajar, almorzábamos, descansábamos un poco y nos íbamos media tarde al gym.

—No me seas quejica, por fin te vas a poner en forma, ¿no decías que era tu asignatura pendiente?

Alessandro siempre había sido más descuidado para el físico que yo y un poco de tono le vendría fenomenal. Por el contrario, yo tono sí que tenía, pero me machacaba tarde tras tarde con tal de evadirme y apartar de mi mente unos pensamientos que no me venían nada bien.

De Doris apenas sabía nada. Con el cabreo de espanto que se había pillado tras saber lo de mi fijación con Nicolette, apenas volví a tener ninguna noticia de ella más allá de las cuestiones

meramente domésticas. Tenía pendiente pasar por el banco una de esas mañanas para dejar resuelto un tema referente a una cuenta común que tuvimos todos aquellos años.

El día que me decidí a hacerlo no esperaba tener tal encuentro en la sucursal. James avanzaba con paso firme hacia la puerta en el momento en el que yo entraba.

No había vuelto a coincidir con él y maldije el momento que había elegido para hacerlo.

—Hola, Lorenzo, qué casualidad, ¿Qué tal te va todo? —me preguntó, dado que en su día Nicolette nos presentó. Lo hizo en inglés, idioma en el que se manejaba infinitamente mejor y en el que yo tampoco tenía problema alguno.

—Bien, aquí vengo a resolver unos temillas pendientes —carraspeé.

Si él supiera el origen de esos “temillas pendientes”, la cosa habría variado.

—Oye, tú tenías pareja, ¿no? —me preguntó y resoplé internamente, no podía haber sacado otro temita de conversación—. Te lo digo porque podríamos quedar algún día los cuatro y así estrechar lazos...

Maldito encuentro, qué ajeno estaba a los lazos que yo pretendía estrechar y a los que me había estrechado ya con su prometida.

—Bueno, resulta que justo lo que me trae hasta aquí es arreglar un temilla que deriva de mi ruptura con Doris, cosas que pasan. —Le quité importancia, solo faltaba que me viese afectado e insistiera en que nos tomáramos un café, como un purgante me iba a caer.

—¿No me digas? Pues lo siento, no sabía que estabas pasando por ese trance. Me siento hasta mal por haberte preguntado.

—No te preocupes, tranquilo. Tengo que dejarte ya, voy con cierta prisa.

Hice ademán de soltarle un “me alegro de verte”, pero imposible, esas palabras tan falsas no podían salir de mi garganta.

Justo se dio la vuelta cuando una chica, un tanto despistada, se chocó con él y el sobre que llevaba en la chaqueta terminó por salir volando...

—Lo siento, lo siento mucho—se disculpó ella.

Lo que vi en ese momento parecía la lluvia de billetes de la escena esa tan famosa de “La casa de papel” porque no sé cuánto dinero debía llevar el tío encima. Cosas de ricos.

—¿Dices que lo sientes? Ya podías mirar por dónde vas, alelada—vociferó mientras recogía los billetes a toda prisa. Eso sí lo dijo en español, cuando quería bien que lo hablaba el tío.

Me quedé atónito con su reacción. Cierto que la chica no debió ir como pollo sin cabeza por la sucursal, pero tampoco había cometido un crimen, y la reacción de él fue totalmente desmesurada.

—Perdone su majestad, cómo sois los ricos—le recriminó ella indignada, pues del grito que le había dado se le quitaron las ganas de hablarle de otro modo.

No era de extrañar en absoluto, pues yo fui el primer sorprendido.

—Ni ricos ni ocho cuartos, muerta de hambre, que hay que tener más cuidado con las cosas—le contestó él sin poder contener su ira y obviando el hecho de que yo estaba delante.

Cuando terminó de recoger los billetes, ni siquiera debió recordar que yo estaba allí, pues salió corriendo como un cohete. Lo mismo era bipolar o solo un engreído, vanidoso y maleducado rico que se creía por encima del bien y del mal.

Me quedé con la mosca detrás de la oreja, aparte de aburrido, acababa de descubrir un montón de nuevas “virtudes” en él que no eran precisamente para enamorar, ¿de verdad Nicolette aguantaba eso por dinero?



Si era así, también dejaba ella mucho que desear como persona, pero ¿no era eso lo que me había enseñado? No hay peor ciego que el no quiere ver, o eso reza el dicho, y yo había tenido demasiado tiempo la venda en los ojos. El amor es ciego, pero rematadamente ciego, porque para mí que ella encerraba también más de lo que yo quería ver a priori.

Desconcertado, me quedé mirándolo mientras el tío Gilito aquel, con aquel rancho de billetes bajo el brazo, salía corriendo. Para mi desconcierto, no subió en un cochazo de súper lujo como yo imaginaba, sino que era un humilde Fiat Punto el que le esperaba en la puerta.

No me tengo por un cotilla, pero aquel fue un dato que no se me fue por alto. Con la mano a modo de visera y desde dentro de la sucursal bancaria, vi cómo le entregaba el sobre completo a un tipo con cara de pocos amigos que le señalaba a su reloj de muñeca, como indicándole que había tardado demasiado.

No obstante, algo más debió decirle sobre el “peluco” en cuestión, pues el norteamericano se lo quitó de su muñeca y se lo entregó. Ni corto ni perezoso, el otro se lo puso en la suya y él se bajó del coche.

Que me aspen si entendía algo de lo que allí había ocurrido...

## Capítulo 13



Me costó quitarme aquella imagen de la cabeza. Por más que estrujaba la sesera no podía imaginarme qué lazos unían al ricachón de James con un tipo como aquel que parecía tener bastante pinta de maleante.

Alessandro tenía su propia teoría al respecto y, como era de esperar, tuve que reírme con él.

—Buah, chaval, para mí que este tío es un vicioso de mucho cuidado, ¿no dices que ya ha dejado de beber? Pues ahora le está dando a la farlopa, ahí tienes la explicación.

—¿Y cuánta farlopa le ha comprado? Tú crees que va a poner una tienda online, ¿o qué? No me seas cazurro, no pueden ir por ahí los tiros.

—Pues tú me dirás, porque no creo que jueguen al golf juntos y le estuviera encargando una equipación.

—No, créeme que el otro no tenía pinta de jugar al golf ni de saber siquiera lo que es eso, me ha dejado de lo más escamado.

—Pues yo de ti me olvidaba del tema, y cada palo que aguante su vela, no vaya a ser que encima el tipo este se haya metido en algún marrón y salgamos escaldados hasta nosotros, que con la suerte que tenemos...

—Pero ¿qué dices? No sé para qué te cuento nada.

Habían pasado varios días desde aquel encuentro, pero me seguía rayando cantidad. Luego, en el trabajo, era cruzarme con Nicole y notar que los demonios me llevaban. Solo quería que llegase el momento ese de la indiferencia, ese en el que la magia del tiempo hace que ya no duela, pero no había suerte. Al menos no de momento...

Tengo que confesar que ella hacía un esfuerzo porque reinara al menos la cordialidad entre ambos, pero yo levanté un muro que hubiera hecho las delicias de Donald Trump, de lo alto y fuerte que era, y me metí detrás de él.

De esa manera, al menos lograba que el dolor se amortiguase, aunque mentiría si digo que me maldecía a mí mismo en ciertos momentos en los que yo era el primer sorprendido al encontrarme mirándola, alelado, como si se tratase de una preciosa obra de arte metida tras una urna.

No era solo eso lo que me picaba, que ya de por sí era bastante, sino el hecho de que también ella me mirase en más de una ocasión... Su indiferencia inicial se había tornado en una especie de curiosidad, pues a menudo la encontraba mirándome, ¿qué pasaría por su cabeza?

Por si todo esto fuera poco, la maldición de mi atracción sexual hacia ella no hacía más que acrecentarse, por lo que la mayoría de las noches me despertaba sobresaltado, en medio de un sueño húmedo y gritando su nombre por doquier.

Cuando aquello ocurría, me costaba la misma vida volver a gestionar la entrada de aire en mis pulmones. Imposible describir lo que percibía ante una situación que me estaba llevando por la calle de la amargura.

A todo esto, en el trabajo la cosa también estaba movidita, ya que andábamos detrás de cerrar un trato con una multinacional que nos reportaría no pocos beneficios.

—¿Posibilidad de quedarte algunas tardes a trabajar? —me preguntó aquella mañana una Nicolette a la que encontré especialmente cariacontecida.

Quizás el mucho trabajo que se nos comenzaba a acumular le estaba pasando factura. O igual yo la

había juzgado mal y ella no iba del mismo palo que su prometido, razón por la que cabía la posibilidad de que sufriera, y no poco, sus cambios de humor.

Otra maldición como otra cualquiera la de aumentar las horas de trabajo. Y no solo porque eso me obligaría a estar más horas cerca de ella, sino porque también me cortaba mi propia válvula de escape, la de hacer deporte con Alessandro por las tardes.

—¿Posibilidad de que escojas a otra persona para hacerlo? —le contesté.

—Cero posibilidades, tú eres mi director y es a ti a quien necesito.

Qué injusta era la vida, con lo mucho que yo la había necesitado a ella, al contrario tan solo me necesitaba en el ámbito laboral. En qué mala hora acepté aquel cambio de trabajo. Qué más me daba a mí una subida de salario en un momento en el que solo precisaba calma, y de esa no se despachaba demasiado en aquel lugar.

—Pues entonces, no se diga más.

Antaño hubiera dado todo lo que poseía por complacerla, pero en ese instante era tal mi desconcierto que ya no sabía ni qué pensar de la mujer que me había robado el corazón. Lástima que ese tipo de delitos quedaran impunes, cuando hacían bastante más pupa que otros.

Si ponía un circo me crecían los enanos, porque nada me tocaba más la moral que pensar que tendría que compartir más tiempo con la persona que luchaba por dejar atrás.

Esa noche dormí espantosamente mal, y entre sueños veía una sombra tras Nicolette imposible de identificar, tan oscura como fría...

## Capítulo 14



La primera en la frente. Al día siguiente ya tuve que quedarme a trabajar por la tarde.

—Paulina se quedará también con nosotros mientras la necesitemos—me informó una Nicolette que, a pesar de lucir extraordinariamente bella como siempre, cada vez tenía una expresión más triste.

—Como digas, Nicolette. —Quería, necesitaba poner distancia entre nosotros, si bien las circunstancias se habían empeñado en ponérmelo rematadamente difícil.

Almorcé con Alessandro, quien se tomaba todo el asunto a modo de broma.

—A mí, si te digo la verdad, me viene hasta bien, porque te habías empeñado en matarme en el gym y te iba a proponer que siguiera yendo contigo Rita, pero no mi prima Rita, que ya sabes que tengo una que se llama así, sino la mismísima Rita la Cantaora, que me estás matando a agujetas.

—A cachetadas es como te debería matar, no me seas nenaza...

—Nenaza, dice el tío. Cómo se nota que la madre naturaleza te ha dotado con unos buenos músculos, pero otros somos más enclenques...

—Tú no eres enclenque, tú lo que eres es vago de nacimiento. Y no veas si comes porquerías, ¿te crees que eres un niño?, ¿se puede saber qué mierda es esa? —le señalé a un paquetito de galletas que acababa de sacar.

—Buah, chaval, unas galletas de dinosaurios que no veas si están buenas. Me las recomendó un crío en el súper y ahora mato por ellas.

—Lo que hay que oír, me queréis matar entre todos...

—Pobre mártir él, a ver si te aclaras pronto porque todo te saca de quicio, ahora ya van a pagar hasta mis galletas.

Algunas veces me habría gustado ser más como Alessandro, que se lo echaba todo a la chepa. Y no porque fuese jorobado, que solo le faltaba, sino porque mi amigo tenía una manera de ser que parecía que todo le resbalaba.

En los muchos años que hacía que lo conocía, agobiado de verdad apenas lo vi nunca. En todo caso, en alguna ocasión un poco más desanimado de lo normal, pero hasta ahí.

Sin embargo, lo mío era bien distinto, y a menudo me daba la impresión de que el corazón se me iba a salir por la boca. El hecho de volver a casa y encontrarla tan rematadamente sola, tampoco es que ayudara.

Doris terminó alquilándose un piso en el centro de Barcelona, muy bonito y recién restaurado a su gusto, según me comentaron algunos de nuestros amigos comunes.

Menos mal que al final no le hice caso, pues ella niños no quería, pero se había empeñado en adoptar un perrito, algo que yo quise posponer al ver la aguja mareada en nuestra relación. De haber cedido, me veía como los famosos, litigando por la custodia del animalito, lo que hubiera faltado.

No podía decir que echara de menos lo que teníamos entre nosotros, pues nuestra relación ya estaba muy tocada cuando se terminó, pero sí que lo de llegar a casa y no encontrar allí ni un alma me pesaba, sería porque mi propia alma se encontraba marchita y desconsolada.

Afronté la tarde con pocas ganas y con la vista puesta exclusivamente en el trabajo. O al menos eso pretendía, que poco sabía lo que se me venía encima.

Mientras Paulina permanecía en su mesa, tanto Nicolette como yo nos reunimos en su despacho, y ese fue para mí un auténtico suplicio.

—Tendríamos que decirle ya que se fuera, son las ocho y parece que tendremos para largo, ¿no te parece? —Buscó mi aprobación para comunicarle a Paulina que podía marcharse, a sabiendas de que no sería una situación cómoda para ninguno de los dos.

—Supongo que sí, yo mismo saldré a decírselo.

Si incómoda era una barbaridad la situación de por sí, no digamos ya a raíz de lo que estuve detectando durante toda la tarde en los ojos de una acongojada Nicolette a la que le estaba costando demasiado concentrarse.

Me hice la promesa de no entrar al trapo, de no caer en la tentación de preguntarle qué le sucedía. Jugaba a engañarme a mí mismo, a tratar de convencerme de que sus problemas eran suyos y que no me competían en lo más mínimo. Y me chocaba contra un muro.

—¿Puede saberse qué te pasa? —le pregunté en un momento dado. A la mierda mi promesa, no hacía más que fallarme a mí mismo.

—¿Cómo has dicho? —Mi tono quizás sonó algo brusco y supongo que era lo que menos necesitaba ella en ese momento.

—Perdona, es que no te veo nada bien, y no es porque necesite gafas, aunque si seguimos echando tantas horas extra muchos días, terminaré por necesitarlas—bromeé para tratar de romper una chispa el hielo.

—Sí, en eso tienes razón. —Me sonrió y supe que estaba perdido, nuevamente sucumbiría a sus encantos, con un simple chasquido de sus dedos...

—En lo de las gafas, ya lo sé, ¿y en el resto? No quieras venir a robar a la cárcel, que yo también soy maestro en esconder mis sentimientos, ¿me vas a contar lo que te pasa?

Nicolette bajó la mirada y la clavó en el suelo. No estaba acostumbrada a verla así, se me antojó un tanto derrotada. A ella, cuya pose natural parecía apuntar siempre al cielo, no se le había perdido nada debajo de nuestros pies.

—Lorenzo, yo... no sé por dónde empezar, pero hace tiempo que vengo queriendo hablar contigo, lo único... que no es fácil...

Mi mente sucia pensó que tenía razón, que se nos daban mejor otras cosas que hablar, porque el canal de la comunicación se había cortado entre nosotros de un tiempo a esa parte.

—Nadie ha dicho que lo sea. Supongo que tampoco te he puesto las cosas fáciles, pero entiende que tenía que cubrirme un poco. Sin embargo, soy yo el que te está preguntando, así que dime qué te ocurre, por favor—le pedí.

—Me cuesta contártelo, sobre todo porque lo que voy a contarte engloba el episodio más triste y trágico de mi vida—me confesó con la lagrimilla en el rabillo del ojo.

Entendí entonces que no era moco de pavo lo que Nicolette necesitaba contarme, y que iba a tener que dejar todo mi orgullo al lado para centrarme en unos hechos muy complicados para ella.

—Ven aquí, anda. —Ya estaba frente a ella, pero en ese momento tiré de su cintura y la senté en mis piernas.

Hacia tiempo que no la tenía tan cerca y noté cómo se erizaba mi piel al completo.

—Lorenzo sé que vas a pensar que soy una actriz de primera, pues llevo bastante tiempo tratando de mostrarte mi indiferencia y sé que muchas veces hasta te lo he hecho creer, pero solo es un paripé. —Soltó el aire de golpe.



—¿Un paripé? —Explícate, por favor.

—Las dos veces que he estado contigo no han supuesto únicamente sexo para mí. De ser así no lo habría hecho, te lo garantizo...

—¿No? Pues lo has disimulado de escándalo, sí. ¿Y se puede saber qué han supuesto entonces? No estoy en condiciones de pedirte nada, pero te agradecería muchísimo que fueras sincera.

—Yo quería estar contigo, pero no solo porque necesitara una aventura o una bocanada de oxígeno; quería estar contigo porque siento algo por ti.

—¿Sientes algo por mí? — Yo lo que sentía era que el corazón se me iba a salir por la boca.

—Sí, pero...

—Ya, ya sé que hay un pero y que se llama James, el hombre que haría tantas cosas por ti que yo no puedo ni imaginar. —No lo hice a propósito, pero debí sonar de lo más sarcástico.

—No te mofes de él, por favor. No es solo que las haría, sino que ya las ha hecho...

—Imposible saber a qué proezas te refieres si no me las cuentas, dale, por favor.

Si había llegado la hora de poner las cartas encima de la mesa, al menos deseaba saber qué era eso tan importante que se interponía entre lo que ella y yo pudiéramos sentir.

—James estaba en nuestra casa la noche que asesinaron a mis padres—me soltó a bocajarro, y el que casi se muere de un chungo fui yo.

—¿A tus padres los asesinaron? —Me quedé helado porque no lo sabía. Paulina me dijo en su día que habían fallecido en trágicas circunstancias, pero no soltó ni una palabra más al respecto.

—Sí, a sangre fría y en nuestra propia casa, como te digo. Todavía hoy me cuesta una barbaridad hablar de ello, todos en la empresa lo saben y creo que es por eso que no suelen comentar nada sobre el tema.

—A mí nadie me ha dicho nada, eso te lo puedo asegurar. —El nudo de mi garganta la aprisionaba, no quería ni imaginarme por lo que Nicolette habría tenido que pasar.

—Ya, ¿recuerdas aquel caso de un matrimonio que salió en la prensa hace unos años? El del señor que se enfrentó a los ladrones con una escopeta, pero al final terminaron con él y con su esposa.

—Dios, sí, lo recuerdo, ¿eran tus padres?

—Sí, mi padre siempre fue un hombre de armas tomar, y nunca mejor dicho. Ojalá se hubiera estado quieto, pero entonces no sería él. Lo que quiso, lo que hizo hasta el último momento, fue intentar seguir cuidando a sus dos tesoros, como nos llamaba a mi madre y a mí.

—Debió ser terrible, ¿tú lo viste todo? —La abracé. En ese instante, más que nunca, deseaba tenerla entre mis brazos, mimarla, quererla...

—Sí. Y también vi cómo James se enfrentaba a ellos junto a mi padre... Verás, él era hijo de un socio inglés que mi padre tuvo hace unos años, y que mi padre consideraba como un hermano. Por esa razón, a menudo pasaba temporadas en mi casa, y yo en la suya, en Norteamérica... Siempre fue así durante nuestra adolescencia, aunque me lleva algunos años. Cuando crecimos, él siguió visitándonos y yo a ellos también.

—¿Y solo lo hacía por mantener los lazos o ya estaba enamorado de ti? —Era hora de sincerarse, yo también necesitaba conocer la verdad.

—Yo por aquel entonces no lo sabía, pero sí, ya estaba enamorado de mí, totalmente enamorado.

—Sigue contándome, por favor.

—James escuchó ruido, igual que el resto, y para cuando quiso salir mi padre ya los había encarado también con su escopeta. La situación era dantesca y la apertura de la puerta de la habitación de James distrajo un segundo a mi padre, tras lo que los otros dieron un paso al frente y mi padre, sin mediar palabra, lanzó un tiro con tal de que no le hicieran daño.

—¿Y entonces? —El relato era tremendamente estremecedor.

—Entonces uno de ellos cayó muerto y el resto nos dispararon, James les suplicó que no lo hicieran, pero ellos estaban desconcertados. Era como si no hubieran contado con eso en ningún momento, como si solo entrara en su mente el robar y no la posibilidad de que alguien saliera herido.

—Y ya puedo imaginarme el resultado...

—Sí, pero lo que no imaginas es que una de las balas venía directamente hacia mí, y entonces James se interpuso en su trayectoria... Fue uno de sus pulmones el que salió mal parado y casi no contábamos con él. O, mejor dicho, no contaba yo, porque en aquel dantesco tiroteo perdí a lo que más quería en el mundo, a mis padres. Todavía, si cierro los ojos, puedo oler a pólvora... es un olor que no parece irse nunca.

—¿Y por eso comenzaste a salir con él? ¿Por gratitud? —Ahora me encajaban un montón de piezas del puzle.

—No en ese momento, pero sí más adelante. Verás, mientras James estuvo hospitalizado, todavía se estrechó más la relación entre nosotros. Pero yo solo lo veía como un hermano. Un buen día le dieron el alta y fue entonces cuando él se me declaró, algo que me cogió completamente por sorpresa.

—¿Y le dijiste que sí?

—No, le dije que no, que yo no lo veía con esos ojos... me era imposible, nunca me hubiera figurado nada de aquello. Y además estaba en shock, de momento quedó así, pero luego llegó lo de su alcoholemia y ahí las cosas se complicaron.

—¿James no volvió a casa con sus padres?

—Qué va, ya estaba totalmente por mí y se negaba a abandonar Barcelona. Yo me ofrecí a tutorizarle durante la fase de desenganche, y ahí pasamos todavía más horas juntos. Al final, no sé si realmente lo amaba o simplemente me había acostumbrado a él, lo que sé es jamás estuve verdaderamente enamorada de él. Lo que sí sé es que nunca llegué a enamorarme del todo de él, ¿sabes por qué?

Levanté los hombros, ¿sería por lo que yo deseaba escuchar?

—Porque ahora comienzo a estarlo de ti y puedo comparar, antes no podía...

Sentí que mi alma se elevaba muy por encima de mi cuerpo porque era esa la revelación por la que hubiera matado, aunque no fuese la expresión más acertada después de lo que acababa de escuchar. Bastante sangre había corrido ya...

No necesitaba preguntarle más, ya sabía el motivo de que Nicolette se escondiera detrás de una coraza una y otra vez...

—Quédate conmigo esta noche y mañana Dios dirá—le pedí, mientras la apretaba fuerte contra mi pecho.

—Esta noche no puedo, él me espera, pero créeme cuando te digo que tiemblo de ganas solo de pensarlo. —Comenzó a besarme con el ímpetu propio de aquella leona, si bien en esa ocasión mis labios eran los que terminaban por envolver a los suyos, sedientos de ella como estaban...

—¿Y mañana por la noche? —Quería poseerla ya, y algo me decía que así iba a ser, pero mi instinto me llevaba a querer amarrar un encuentro más prolongado.

—Mañana por la noche, sí. Tenemos proyectado que nazca un potrillo en la masía y él se desplazará hasta allí—me contaba mientras mis dedos pugnaban por desabrochar una blusa que

escondían aquellas dos joyas de la corona con las que yo soñaba despierto y dormido.

Mientras las amasaba con una mano y la otra se aventuraba a ir hacia el sur de su cintura, pensé que, aunque no pudiera ser mía del todo, al menos no se estaba mofando de mí.

## Capítulo 15



Al día siguiente me levanté con la batería recargada, y no era para menos. La revelación de Nicolette había supuesto para mí una bocanada de aire puro. ¿Qué digo yo? Mucho más que eso...

Oír de su propia boca que yo ocupaba una parcelita en su corazón, por pequeña que fuera, reanimó de algún modo las aletargadas mariposas de mi estómago, aunque la frase suene un tanto cursi.

Hablando de eso; tuve un tiempo en mi adolescencia en que me dio por la poesía y los poemas amorosos. Más de un compañero se burló de mí por ello en su momento, pero luego, viendo que con esa faceta hacía suspirar a más de una chica, la cosa cambió, y es que algunos espabilados pretendieron hacerme ciertos encarguillos literarios para atribuirse su autoría, encargos que rehusé con no mucha diplomacia, por supuesto. Donde las dan las toman, dicen. En fin...

Dándole vueltas al café antes de marcharme para el trabajo, pensé que tal vez Nicolette tuviese también esa vena romántica mía que quedó sepultada en mis años universitarios, sin muchos visos de resucitar. O no. A fin de cuentas, poco sabía de sus gustos personales. Por si las moscas, mejor no arriesgarse con un poema improvisado en sus oídos.

Pensándolo bien, eso sería como cuando a uno le hacen un regalo y, al abrirlo, tiene que poner cara de sorpresa, de ilusionado, sí o sí, cuando por dentro se está acordando de todas las castas del que le ha hecho el “divino” presente.

Enfrascado en esos pensamientos estaba, cuando recibí la llamada de un Alessandro apurado al máximo.

—Tío, ¿has llegado ya al curro?

—Buenos días por la mañana, ¿no?

—Serán buenos días para ti, macho —me contestó contrariado.

—¿Te pasa algo?

—Me pasa que voy volando para comisaría en un taxi para poner una denuncia.

—No fastidies, ¿en serio?, ¿y eso por qué?

—En serio, dice el tío. ¿Te parece que tengo ganas de bromas ya desde que amanece? Me han robado el coche, Lorenzo.

—Venga ya. ¿Cómo va a ser eso?

—Como te lo cuento. Cuando he ido a cogerlo, veo que le han quitado las matrículas y que me han mangado también la documentación, que la tenía en la guantera. Le han forzado la cerradura.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! Creí que se habían llevado el coche.

—¿Te parece poco? ¿Qué coño es un coche sin matrícula ni papeles, más que un bulto ahí en la acera? Es como si no existiera, ¿lo entiendes? Es un coche fantasma, ni más ni menos.

—Ya, ya, joder, pero que no es lo mismo — le respondí, tratando de quitarle hierro al asunto.

— Y todo lo que tú digas, pero menuda faenita.

—Tranquilízate, tío, que todo se soluciona. Está claro que es para ponérselas a otro coche igual que el tuyo.

—No te fastidia. Acabas de resolverme el enigma de las pirámides, pero menuda gracia.

—Venga, anda, vete tranquilo para comisaría y haz lo que tengas que hacer. Por cierto, exactamente lo mismo le pasó a un primo mío allí en Madrid.

—¿Y? —Había despertado su curiosidad.

—Y nada. Hizo el duplicado de las matrículas y de la documentación, y resulta que al cabo de dos meses o así le llaman del Cuartel de la Guardia Civil de Villalba, diciéndole que pase a buscarlo todo.

—No jodas...

—Y sin joder. Mi primo le explicó al agente que ya no le hacían falta, lógicamente, que podían tirarlas, pero el tipo insistió en que tenía que acercarse hasta allí personalmente a recoger sus cosas, que no podían hacerlo. Le gustara o no, tenían que entregárselas en mano.

—Yo flipo.

—Yo también flipé cuando me lo contó, pero así es el asunto. Ya sé que es un engorro, como cuando te roban la cartera, que tienes que dar mil vueltas hasta hacerte otra vez con tu dni, las tarjetas y tal, pero es lo que hay. La salsa de la vida...

—Sí, agridulce. Amos, no me toques las narices ya desde por la mañana... muy gracioso te has levantado tú hoy, ¿no?, ¿puede saberse a santo de qué?

—Ya te contaré. Tengo novedades. A ver si luego a mediodía nos tomamos, aunque sea un aperitivillo.

—No sé qué decirte, tío. Vamos a ver cuánto tiempo me lleva todo este jaleo, porque digo yo que después de comisaría tendré que pasarme por Aurgi o por algún sitio de esos a ver si consigo por



lo menos lo de las matrículas, cago en tó lo que se menea.

—Venga, pues en marcha, ya me irás diciendo.

—Explícaselo por mí a Nicolette, que lo mismo no aparezco por allí en toda la mañana.

—Tú no te preocupes por eso, que yo me encargo —Y tanto que me encargaría. De eso y de lo que hiciera falta. Cualquiera excusa me valdría ya en adelante para acercarme a ella y hablarle —. Además, creo que hoy la cosa va a estar relativamente tranquila.

No me equivoqué mucho, y el hecho de que Nicolette también apareciese por las puertas de tan buen humor aumentó todavía más la propia tranquilidad de mi alma, tan vapuleada en los últimos tiempos.

Serán mis ojos, o ese día se lució de lo lindo arreglándose para mostrarse más bonita que en la vida.

Nicolette venía con una chaquetilla de color agua marina y pantalón suelto a juego, con un top blanco de seda; un conjunto que resaltaba su espléndida silueta. Por todo adorno encima, llevaba unas discretas perlas en las orejas y un fino reloj en la muñeca. Nada más necesitaba como complementos aquella belleza innata ante la que me sentía un verdadero privilegiado, visto lo visto.

Alessandro no apareció en toda la mañana. Parece ser que se chupó cerca de hora y media en la sala de espera de comisaría para poner la denuncia hasta que le tocó el turno. Luego, después de esperar también la correspondiente cola en Aurgi para ser atendido, tuvo que volver hasta su casa para mirarle al coche el número de bastidor o no sé qué. Total, que entre unas cosas y otras se le echó la mañana encima y ya no le trajo cuenta dejarse caer por la oficina.

Aunque al final no pudo ser, me hubiera gustado verle para desahogarme con él. Lo del desahogo es un decir, puesto que en esa ocasión lo único que pretendía volcar en su hombro eran alegrías, y no mi desazón, como últimamente. Era un orgullo tenerle por amigo, pero no un amigo cualquiera, sino un AMIGO de verdad, así en mayúsculas, de los que están en las duras y en las maduras. Yo

representaba lo mismo para él.

Con las cosas así, al salir del trabajo me fui directamente para casa. Me zampé un par de huevos fritos por todo almuerzo y aproveché para echarme un rato en el sofá.

Si todo salía según lo proyectado en mi imaginación desde el preciso instante en que lo planeásemos, me esperaba una larga noche, pero lo cierto es que no conseguí pegar ojo por más que lo intenté. Demasiada emoción contenida como para abandonarse al sueño.

Había quedado con mi diosa particular en su casa a las nueve de la noche, y tal era mi entusiasmo que en ningún momento se me pasó siquiera por la imaginación percance alguno, como que pudiera aparecer por las puertas en un momento dado el indeseable de James y pillarnos con las manos en la masa.

No sería algo tan descabellado, si recordamos que de chiripa no nos pescó Doris en la mismísima cama. No quiero ni pensarlo, hubiera sido ya el colmo de los colmos...

No obstante, aquello no ocurrió porque sí. La mujer ya tenía la mosca tras la oreja desde hacía tiempo y me tendió una trampa. Eso de que ya me avisaría cuando tuviera pensamiento de volver solo fue una estrategia para cazarme.

Y bien que lo hizo, aunque aquello le hubiera supuesto tener que conducir casi toda la noche desde Madrid a Barcelona.

En un momento dado me pregunté hasta dónde habría sido yo capaz de llegar en sus circunstancias.

—Hasta Alemania al volante —me contestó precisamente Alessandro cuando le expuse esa misma duda mientras le contaba todo lo sucedido.

—¿Tú me consideras un tipo celoso? —Quise saber al escuchar su respuesta.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Tú sabrás, ¿no?

—Bueno, digamos que por aquello de que se ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, tú sabes...

—Yo lo único que sé es que, como no te centres, vas a terminar majara perdido. Y yo, de paso.

Qué verdad es que por aquellos días mi cabeza se había convertido un auténtico hervidero y que a pique estuve de perder el norte.

Por fortuna, mi relación con Nicolette había dado un buen giro a mi favor, lo que no quitaba para que me siguiesen asaltando ciertas dudas.

¿Podía fiarme cien por cien de la veracidad de sus palabras? ¿Podría más su amor por mí que los lazos que la ataban con su “súper héroe”? Las preguntas seguían dando vueltas y vueltas en mi cabeza. Las respuestas, aún estaban por verse...

## Capítulo 16



Cuando paré el motor de mi coche, todo mi cuerpo temblaba como la gelatina.

Ese encuentro no tenía nada que ver con los anteriores. El primero había sido fruto de mi “arranque”, por llamarlo así. El segundo, de la “calenturienta” voluntad de ella; algo con lo que yo no contaba aquella noche en que tocó el telefonillo de mi casa, ni en mis mejores sueños.

Con ese tercero, el único denominador común era el deseo de que nuestros cuerpos volviesen a arder en llamas sobre el colchón. Sobre el colchón o donde se terciase, que menudas las gastábamos las dos en ese sentido. El resto de circunstancias eran ya bien diferentes. Con todas las cartas sobre la mesa, estaban en juego mis sentimientos y los suyos.

—¿Me abre usted, señorita? —Plantado ya ante la cancela, rematé ese wasap con el emoji del guiño.

—Y si no lo hiciera, ¿qué pasaría?

—Pues que tendría que darme la vuelta y... a otra cosa, mariposa, ¿no?, jejeje.

—Ni de coña. Tú hoy no te escapas de aquí.

Escaparme... lo último que se me hubiera ocurrido en ese momento, mismo momento en que aquella verja comenzó a correrse silenciosamente hacia un lado para permitirme el paso.

La mujer que ya llevaba tan dentro de mí me recibió con un elegante traje de noche negro, unos tacones que casi la hacían más alta que yo y la melena suelta, con unas ondas en los mechones de los lados de la cara que la hacían aún más bella a mis ojos, si es que eso era posible.

Tomándola de la mano, la miré embelesado de arriba abajo un par de veces, pero no me atreví a lanzarme a sus labios por no arrancarle aún ese carmín rojo vivo que con tanto primor parecía haberse aplicado. En cambio, a ella debió darle igual, puesto que Nicolette tiró de mi brazo hacia sí, obligándome a fundirme con ellos.

Puedo asegurar que fue el beso que más disfruté hasta la fecha. En teoría, debía ser el primero, pero justo es reconocer que en aquel primer beso la tensión se impuso de alguna manera a mi propio gozo, y es que me estaba jugando el pescuezo a base de bien con mi osadía. Los siguientes fueron, pura y llanamente, unos besos ardorosos que días después, en vista de su reacción, me dejaron un sabor agridulce en la boca al recordarlos.

—¿Te apetece una copichuela? —me preguntó después de servirse a capricho de mis labios (y yo de los suyos, obvio).

—¿Un whisky podría ser?

—Pídaselo usted al genio de la lámpara, a ver si es posible —bromeó.

Ella sí que era una auténtica Aladina que sabía erizarme la piel sin necesidad de rozármela.

Nicolette y yo nos sentamos en el cómodo sofá de cuero y allí degustamos relajadamente un par de copas mientras charlamos y dimos buena cuenta de un picoteo que ya tenía preparado de antemano a mi llegada.

En aquella charla a la luz de docenas de velas es cuando realmente conocí a la verdadera Nicolette; al alma noble y sensible que se ocultaba tras su imponente fachada. Y cuando la tensión sexual por ambas partes llegó ya a tal nivel que amenazaba con derretirnos a ambos sobre los cojines, fue ella quien me tomó de la mano, incitándome a levantarme para seguirla hasta su dormitorio.

No cruzamos ni media palabra subiendo las escaleras. Ninguna falta hacía tampoco. Dicen que si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, mejor no lo digas, y la belleza del momento hablaba por sí sola. Ningún calificativo ni frase salida de nuestras bocas, por bonita que fuera, hubiera estado a la altura de la magia que se respiraba en el ambiente en esos instantes.

El dormitorio también estaba ya preparado a conciencia para la ocasión, exquisitamente alumbrado por velas, al igual que el salón, y perfumado con una fina fragancia de flores, como no podía ser de otra forma. Nicolette era una mujer que derrochaba glamur por los cuatro costados (creo haber recurrido ya a la misma metáfora para describirla, pero no se me ocurre otra ahora mismo) y eso de dejaba ver también por todos los rincones de su fantástica vivienda.

Sonaban justo entonces las primeras frases de “Total eclipse of the heart” (Eclipse total del corazón) en voz de Bonnie Tyler.

*“Turn around. Every now and then I get a little bit lonely,  
and you're never coming around. Turn around...”*

(Date la vuelta. Cada cierto tiempo me siento un poco sola y tú nunca estás por aquí. Date la vuelta...)

—¿Me esperas un momento? —Ella también se la dio, lo que me hizo pensar que cada movimiento suyo de esa noche estaba perfectamente sincronizado.

—Y los que tú me pidas, con tal de que vuelvas —le respondí guiñándole un ojo.

Se metió en el baño y me figuré que pretendía cambiarse. Desde luego, si se había propuesto que me diera un infarto, iba por buen camino la muchacha, pues solo con imaginármela al salir, no es que mi corazón quedara eclipsado, sino que empezó a bombearme con más fuerza todavía.

Esperando que volviera, me acerqué al ventanal y recorrí un poco las cortinas en un intento de apartar su imagen de mi mente al menos por unos instantes, para que mi nerviosismo no se disparase ya del todo. Y lo conseguí por completo porque la inesperada silueta de un hombre

medio oculto entre los arbustos me dejó pasmado de golpe.

¿Qué hacía aquel tipo allí? A pesar de llevar ropa de faena, como de jardinero, no me parecían horas, ni su actitud la más acertada, mirando del modo en que miraba fijamente a la ventana. ¿Nos estaba espiando?

Y no era eso lo peor. Aunque para llegar a mi siguiente conclusión tuve que afinar bastante la vista, o mucho me equivocaba o el fulano en cuestión era el mismo a quien había visto entregar a James tiempo atrás su peluco y lo que no era el peluco.

Sin pensármelo dos veces, me saqué el móvil del bolsillo y le eché un par de fotos. En una salió un poco borroso, pero la otra...

Con todo, decidí callarme el asunto ante Nicolette por dos razones: una, que no quería restarle ni un segundo a las horas de intimidad que se nos presentaban por delante, otra, que creí que podría ser contraproducente. Al fin y al cabo, si andaba por allí y vestido de esa guisa podría tener una justificación, ¿no?

Verla aparecer con aquel conjunto de lencería apartó mis cábalas en una milésima de segundo. El sujetador de delicado encaje rojo con el minúsculo tanga a juego era la provocación más grande con la que me había enfrentado hasta entonces en toda mi vida. Esas prendas pedían a gritos ser apartadas cuanto antes para dejar al descubierto lo que intentaban ocultar y saciarse de ellas; unos pechos perfectos y una cavidad inferior en la que cualquier hombre que se precie desearía perderse para siempre.

Pero ese premio me correspondía a mí y nada más que a mí a esas horas. Incapaz de articular palabra por la impresión, me acerqué a ella y hundí mis dedos en su melena a la altura de la nuca. Nicolette puso una mano en mi trasero y empezó a acariciármelo.

Me faltan palabras también para describir ese otro beso que nos dimos allí de pie y que parecía que no iba a terminar jamás, antes de tumbarnos en la cama.

En ella bebí gustoso del manantial de su entrepierna, oyendo los gemidos que mis suaves

lametones provocaban en su garganta y deseando que el tiempo se parase. Aquella diva provocó asimismo los míos cuando luego se arrodilló para saborear a capricho mi erecto miembro.

Huelga decir que entrar esa noche en su cuerpo no supuso para mí hacerlo en ningún paraje desconocido, pero sí enfilarse hacia un destino diferente; hacia un lugar donde las chispas del amor se dejaron ver por encima de las llamas de la mera atracción sexual; hacia un terreno en que ambos esgrimimos las mismas armas hasta casi el amanecer; hacia un territorio por el que bien merecía la pena luchar contra viento y marea.

Y yo estaba dispuesto a pelear como el que más para alzarme con el triunfo de su ser al completo. De entrada, le pedí que se replantease su relación con James, que le dejase, que aquel hombre no la merecía porque no la amaba como es debido.

—No creas que no me ronda últimamente la cabeza.

Esa fue su respuesta, adormecida ya entre mis brazos mientras le acariciaba el pelo...



## Capítulo 17



Llegamos en mi coche al trabajo. Es de suponer que aquella fue la mañana que menos me costó ir a trabajar de toda mi vida. La sola posibilidad de que ella se lo pensara ya era mucho más de lo que tenía hasta el momento.

—No pueden vernos entrar juntos, no quiero habladurías, lo entiendes, ¿verdad? —Me dio un beso antes de que enfiláramos la calle.

—Lo entiendo perfectamente, y tú ¿entiendes que cada día esté más loquito por ti? No sé lo que estás haciendo conmigo, pero te has adueñado de mi voluntad.

—No me digas esas cosas, porfita, que tengo un intrínquilis que es cosa final—Se notaba que le costaba gestionar la salida de aire de sus pulmones en momentos así.

—Está bien, no te presiono más, pero solo quiero que sepas que te quiero, y que no te olvides de que estoy ahí.

No era tonto y sabía que ella tenía por delante una decisión que no era nada fácil de tomar. Por otra parte, yo también tenía un cometido que cumplir; la de buscar un detective privado. La foto que le había tomado al tipo aquel sería el hilo del que tirar. ¿Estaban chantajeando a James? Y si era así, ¿se encontraba Nicolette nuevamente en peligro?

Eso era algo que, solo de pensarlo, hacía que me hirviera la sangre. Si alguien quería hacerle daño, yo tenía la obligación de tratar de defenderla con uñas y dientes, pese a que en papeles solo

fuera el director de su empresa, mi corazón bien sabía la realidad; que era su amante.

Me metí en mi despacho y llamé a Rodrigo, un amigo de Madrid, inspector de policía.

—No me gusta ni un pelo lo que estás diciendo, ¿y por qué no lo denuncias a la policía? Si tienes una foto es lo que yo te recomiendo. Nosotros podemos encargarnos.

—Porque creo que es mejor saber de qué va esto antes de mover más hilos. Si han chantajeado a su novio, igual pongo a Nicolette en peligro al tirar yo de la manta. Y eso es justo lo que quiero evitar. No sé de qué va esto, pero ese tío debe tenerlo controlado de momento. Por mucho que me joda—ya le había contado a Rodrigo que estaba enamorado de ella—, él ya se la jugó una vez por ella. Y estoy seguro de que moverá sus hilos para seguir guardándole las espaldas.

—Vale, pero no dudes en llamarme si la cosa se pone fea. Y llama hoy mismo al detective privado, ahora te paso sus señas...

Rodrigo me puso en contacto con el que se suponía que era uno de los mejores profesionales de Barcelona. A juzgar por sus honorarios, no me cupo la menor duda de que así era.

—Ese caso ocupó muchas portadas en ese momento, me cuesta creer que el rayo caiga dos veces en el mismo lugar, pero todo es posible—me comentó.

—Se trata de este tipo, la foto es bastante nítida, como puedes ver. Aunque estaba a cierta distancia, la cámara de mi móvil es buena.

—Ok, te llamaré en cuanto sepa algo, sí que es buena, te felicito.

A mí la fotografía de siempre me había gustado y me las había ingeniado sobre la marcha para hacerle una en la que se le reconociera con facilidad, a pesar de la distancia y la oscuridad de la noche. Mi teléfono no tardó ni veinticuatro horas en volver a sonar...

—¿Estás sentado? —me comentó Pablo, el detective.

—Sí, y entiendo por tus palabras que mejor que no me levante. Suéltalo ya, por favor, me estás poniendo muy nervioso.

—Lo que voy a decirte vale más que cualquier honorario que puedas pagarme; se trata de una información que hará que el tal James se pase media vida a la sombra.

—¿Cómo...?

## Capítulo 18



Me sentía morir al comprobar que Nicolette no me cogía el teléfono. James llegaba esa misma noche de la masía y era muy probable que ya estuviese con él. ¿Y si alguien se había ido de la lengua y él ya estaba sobre aviso?

No le hice caso a Pablo ni al Cristo que lo fundó y salí como una bala para casa de Nicolette. Llegué no con una fina capa de sudor perlado mi frente, como suele decirse, sino literalmente empapado en sudor.

Llamé a su puerta con auténtica desesperación, y una Nicolette envuelta en una fina bata de seda negra me recibió totalmente sorprendida.

—¿Se puede saber qué está pasando, Lorenzo?

—Amor, vístete que nos vamos.

No sé qué le causó mayor sorpresa, si el hecho de que le dijera que teníamos que salir de allí precipitadamente, o el que la llamara amor...

—¿Dónde? ¿Qué ha pasado?

—A mi casa, tienes que salir de aquí, no estás a salvo con él—le indiqué atropelladamente.

—¿Con quién no estoy a salvo?

—Con James, él no es el hombre que tú crees, te lo garantizo.

—¿Qué dices? ¿Se te ha nublado el juicio? James será lo que sea, pero no movería un dedo para hacerme daño, eso te lo puedo asegurar. Yo misma he visto con mis propios ojos cómo se jugaba la vida por mí, ya te lo expliqué.

—¿Y si te dijera que se la jugó por remordimientos?

—¿Por remordimientos? No sabes lo que dices, Lorenzo, me estás asustando, te voy a tener que pedir que te marches de mi casa.

—Y yo te digo que sin ti no me muevo ni muerto. Todo menos dejarte en manos del hombre que propició que asesinaran a tus padres.

—¿Qué? Márchate de aquí, no quiero volver a escuchar una tontería más, ¡vete! —me chilló, y fue tal su chillido que se removieron hasta los cimientos de la casa. Nicolette era una mujer de carácter y lo demostró en el que era uno de los momentos más desconcertantes de su vida.

—¿Conoces a este hombre? —le enseñé la foto que había tomado de aquel tunante.

—No lo he visto en mi vida, ¿quién es? —Al menos accedió a mirar la fotografía.

—¿Te suena algo el nombre de Javier Díaz? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Javier Díaz fue el hombre al que mi padre mató al pretender defendernos...

—Sí, cielo, ese mismo. Pues este hombre de la foto es su hermano, el mismo hermano que ha estado merodeando por esta casa vestido de jardinero para tenerte controlada, ¿y sabes por qué? Porque lleva años chantajeando a James, porque tu prometido tiene mucho que callar.

—¿Ese hombre me vigila y James no se lo ha dicho a la policía? No puede ser, él no tiene

conocimiento de eso, seguro que no...

—No se lo ha dicho porque si el otro abre el pico, tu James se cae con todo el equipo. Alguien del entorno de Javier Díaz y de su hermano, previo pago de su importe, ha accedido a contarnos una verdad que va a cambiar tu vida; fue James quien encargó que entraran a robar esa noche en tu casa con tal de hacerse el héroe y quedar delante de ti como un héroe. Con lo que no contaba el muy sabandija era con que tu padre sacara una escopeta y aquello acabara en tragedia. También lo pagó pudiendo perder él su propia vida, pero fue la de dos inocentes la que se llevó por delante.

—Vaya, vaya, qué relato más peliculero, ¿y todo eso lo has descubierto tú solito antes o después de tirarte a mi prometida? Porque te la estarás tirando, ¿verdad? —El criminal de James dio unas palmaditas. Sí que debía ser un gusano rastrero, porque ni nos habíamos enterado de que estaba bajo las escalinatas.

—¡Suelta esa arma! —exclamé cuando vi que nos apuntaba con ella. Esa casa debía estar maldita, por Dios que debía estarlo, porque nuevamente había dos vidas en peligro, que tampoco lo merecían.

Hice un tres sesenta con la vida y no vi posibilidad alguna de zafarme de un posible tiro. Si quería abrirme un agujero en el pecho, me lo iba a tener que rellenar con papel albal, porque la cosa estaba chungu.

—¿Es verdad eso que ha contado? Dime que no es así, James, por favor, dime que no es así...

—Darling, yo no quería que nadie saliera herido, te juro por mi vida que no quería. Tu padre, ese viejo egocéntrico, siempre se dedicó a jorobarlo todo...

Si Nicolette hubiera podido le habría saltado sobre la yugular y no lo hubiera librado ni la Caridad de un bocado mortal, pero el cañón de un arma la separaba de tal posibilidad.

—¿De verdad has venido a esta casa a ofender a mi padre? ¿Es cierto lo que están escuchando mis oídos? Y yo todos estos años pensando que debía estar a tu lado por lealtad, cuando lo único que me das es asco, ¿me oyes? Me das mucho asco, eres lo peor, te odio a muerte...

—No puedes estar hablando en serio, yo te quiero por encima de todas las cosas, Nicolette, yo estuve a punto de dar mi vida por ti.

—¡Porque no podrías vivir con ella también en tu conciencia, miserable! —le chilló ella, totalmente fuera de sí—, ¿no te bastaba con haberte llevado ya por delante a mis padres? — Sollozó con ganas, era como si aquella cruel verdad sacara de su interior unos sentimientos que contuvo en su pecho durante demasiado tiempo.

—No es cierto, la hubiera dado de todas formas. Lo que ocurrió fue un accidente, un accidente...

Un accidente era que su madre lo echara él al mundo, pero no era cuestión de echar más leña al fuego.

—¡Suelte el arma! —La voz de aquel policía nos llegó alta y clara desde la ventana. Encañonado como estaba, James habría firmado su sentencia de muerte, de apretar el gatillo.

—Yo te quiero, darling, yo te quiero... Nunca encontrarás a otro que te quiera como yo...

Afortunadamente, porque de ser así, la pobre se tendría que haber tirado por la azotea. Con un querer como aquel no le hacían falta a uno enemigos.

—Y yo lo que quiero es que te pudras en la cárcel, maldito infeliz—le contestó ella, y en ese instante tomé conciencia de lo que significaba una mirada iracunda.

La forma en la que se echó en mis brazos cuando la policía se lo llevó, me abrió las puertas del cielo.

—Te quiero, Lorenzo, te quiero... Si no llega a ser por ti, me quedo toda la vida al lado de mi mayor enemigo, amargada y...

—...Y aburrida, y aburrida—le solté tratando de quitar hierro al asunto más peliagudo del mundo.

—Eso y encima aburrida, ¡y sin poder tomarme una copa! —Lloraba y reía mi niña al mismo tiempo...

La situación era tan dramática como surrealista. Solo el tiempo le podría dar la vuelta, un tiempo que ahora jugaba a nuestro favor.



## Capítulo 19



...Y tanto jugó que se convirtió en nuestro aliado, pues en cuestión de unos meses la vida nos había cambiado por completo. Por más que a muchos pueda resultarles una auténtica locura, nos fuimos a vivir juntos desde el primer día.

Y no lo hicimos ni en su casa ni en la mía, ya que por diversas cuestiones nos pareció perfecto partir de cero, alquilando una casa a las afueras de Barcelona con opción a futura compra, e ir construyendo en ella nuestro nidito de amor.

Por aquel entonces, un solo hecho enturbiaba nuestra recién estrenada felicidad; el juicio al que se vio sometido el malnacido de James. Elogiable fue el relato vertido en él por parte de Nicolette, que revivió minuto a minuto la tensión vivida en él con tal de que el peso de la ley cayera contra su exnovio.

Por ventura, la verdad siempre reluce, y ese caso no fue una excepción, por lo que James fue a parar con sus huesos en la cárcel.

La tensión vivida en aquellos días fue tal que ambos nos prometimos un viaje en cuanto el acuerdo aquel que en su día comenzáramos a preparar Nicolette y yo por las tardes se firmara.

Nuevamente la suerte nos sonrió y eso no tardó en pasar, por lo que comenzamos a proyectar en nuestros ratos libres las que serían nuestras primeras vacaciones juntos. Y no era eso solo lo que se nos pasaba por la cabeza, pues nuestro futuro en común nos hacía tantísima ilusión que hasta de niños comenzamos a hablar.

—Yo tendría más niños que enanitos pondría para adornar el jardín—le confesé una noche mientras tomábamos tranquilamente una copa en el jardín... Una o dos, de ahí no pasábamos ninguno de nosotros, que hay gente que sí escarmienta en cabeza ajena y Nicolette y yo éramos de esos.

—¿Cómo? ¿Cuántos mini Lorenzos y mini Nicolettes dices que quieres tener? —Me hizo tanta gracia su forma de preguntarlo que me la hubiera comido a besos allí mismo. De hecho, me la comí, metafóricamente hablando.

—Todos los que se pueda, guapa, todos los que se pueda...

—Estarás de broma, ¿no? A ver si te has creído que yo tengo complejo de coneja—bromeó.

—En serio, los que te apetezca y se pueda, pero nada me haría más feliz en el mundo (aunque tramaba otra cosa en la cabeza que también me hacía tremendamente dichoso).

—Bueno, bueno, nosotros empezamos con uno. Y luego ya, si eso, igual nos animamos con una parejita, pero que yo creo que ahí me planto...

Uno, dos... los que fueran, pero compartir paternidad con ella sería una auténtica bendición.

Hablando de bendiciones, otro hecho me hizo también tremendamente feliz por aquellos días y no fue otro que el traslado de mi querida hermana Lidia a Barcelona.

Aquella loca me llamó un buen día, para darme el notición.

—Hermano, y si te dijera que en vez de ir a verte estoy pensando en darte la lata permanente, ¿qué me dirías?

—¿Cómo? A ver, que pesada eres más que coger una vaca en brazos, hermanita, pero explícate, ¿permanente de...?

—Permanente de permanente, sí, que aunque te resulte extraño, yo también estoy un poco harta ya de dar tumbos por el mundo y de estar lejos de los míos. Además, seguro que tú y la pija de tu jefa tenéis una legión de niños que querrán tener a su tita cerca, ¿o no?

—¿Y Alessandro no tendría nada ver que en esa decisión? — Yo estaba más contento que un cochino en un charco, pero también quise sonsacarla un poco.

—¿Ese ceporro? Para nada, para nada...

Ese ceporro, a la chita callando, me daba a mí que se estaba abriendo paso en el blindado corazoncito de mi hermana.

—Oye, ¿y qué es eso de llamar a mi chica “la pija de tu jefa”? —Le busqué la lengua, que para eso era una de mis aficiones favoritas.

—No, si ahora vas a decir que no es pija, o sea—comenzó a imitarla en broma, a mi hermana le salían de escándalo las imitaciones.

—¿Me estás imitando? —Nicolette se acercó a la cámara al darse por aludida.

—Solo un poco, solo un poco. —Mi hermanita tenía cara para dar y regalar y eso era algo que Nicolette sabía de sobra, pues a veces nos pasábamos horas hablando los tres por videoconferencia, o los cuatro, que Alessandro también se nos unía.

—Que dice mi hermana que está harta de hablar por la pantalla, que viene a quemar Barcelona, ¿qué te parece?

—Que no me lo puedo creer, pocas horas que nos vamos a llevar de compras.

—¡Eh! Para el carro, pija, que a mí no me mandas como a esos dos blandengues, que yo no soy tu empleada. —La lengua de Lidia no tenía fin.

—Que no, mujer, pero unas comprichuelas...

—Cuidadín, acotadas, ¿eh? Que yo soy más de casitas rurales y esas cosas, a mí no me metas mucho en un centro comercial, que chillo.

—En la masía de Gerona sí que la veo, allí sí, amor...

La masía la seguíamos conservando. Después del juicio, James renunció a su parte con tal de resarcir en parte civilmente a su expareja, y ahora éramos nosotros los que disfrutábamos de esos largos paseos a caballo.

Un día después de la firma del acuerdo que ya he mencionado en varias ocasiones, Nicolette y yo volamos hasta República Dominicana, un destino que a los dos nos fascinaba.

Las ganas de sol, de alegría, de baile y de contagiarnos de todo el optimismo de aquella maravillosa tierra nos salían por la punta de las orejas.

Durante el día, qué duda cabe, la preciosa isla caribeña nos conquistaba por sus playas, unas de las más bellas del mundo, un verdadero paraíso en la tierra en el que nos relajamos, reímos e hicimos así como un millón de fotos para immortalizar nuestra primera escapada juntos.

Tampoco nos faltaron las excursiones y las cascadas cobraron una importancia especial en ella. Si disfrutamos en sus aguas saladas, ¿qué decir de lo que vivimos en las dulces? Pues que nos lo pasamos como enanos caminando por senderos entre bosques, plantas de cacao y cafetales de esos que vienen con premio, al ocultar unos idílicos saltos de agua en los que nos sumergimos y refrescamos una y otra vez.

Y para la diversión nocturna nos quedamos con Punta Cana, donde vivimos las más inolvidables veladas con música y mojitos. Justamente sonaba el “Volví a nacer”, de Carlos Vives, cuando la sorprendí con una improvisada petición...

Ambos cantábamos a pleno pulmón el “quiero casarme contigo, quedarme a tu lado...” cuando me arrodillé delante de ella y Nicolette abrió tanto los ojos que comprendí que lo entendió a la

primera. Y eso que allí no se escuchaba nada, entre la algarabía de la gente...

—¿Y tú? ¿Quieres casarte conmigo? —le pregunté y saqué del bolsillo de mis bermudas un anillo que ella reconoció de inmediato.

—¡Dios mío! Es el anillo de pedida de mi madre... ¡No puede ser! Nos lo robaron aquella noche.  
—Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Lo sé, cariño, le he estado siguiendo la pista en el mercado negro hasta dar con él, te escuché hablar de lo mucho que significaría para ti recuperarlo.

—Significa tanto que el hombre que ha tenido un gesto así conmigo bien merece que me case con él, ¡por supuesto que quiero, cariño!

Turistas y locales, que estaban pendientes de la escena, comenzaron a aplaudir y nosotros nos fusionamos en un beso que marcaba una nueva etapa de nuestra vida en común.

Nunca olvidaremos aquella emocionante y divertida noche en la que no paramos de bailar, cantar, saltar y de hacer todo aquello que la convirtiera en lo que era; una noche única.

Lógicamente, eso también incluía lo que ya estaréis pensando; pasión a raudales... Una pasión que comenzó ya en la mismísima puerta de nuestro bungalow, borrachos como piojos (esa noche sí que permitimos que el alcohol corriera a placer por nuestras venas) y que terminó en el interior, viendo los rayos del sol reflejarse en la ventana.

Exhaustos, nos echamos a dormir ya al alba... Amarnos era todo un placer compartido, y por día que pasaba la complicidad en la cama crecía también entre nosotros.

Si elegante era fuera del catre, en él Nicolette se convertía en la reina del mambo, un animal sexy por antonomasia cuyas curvas tenían la capacidad de marear al más pintado; y el contoneo de estas se convertía en la más sugerente de todas las danzas.

En síntesis, podía decir que la mujer a la que acababa de pedirle matrimonio reunía todas las cualidades que buscaba en una pareja; a su lado, la vida era un viaje a universos paralelos y excitantes que solo quería recorrer de su mano.

Proyectar nuestra boda se convirtió desde ese día en otro de nuestros pasatiempos favoritos.

—Dónde, cómo y cuándo tú quieras—le comenté, sin pega.

—¿Así que ahora el balón está en mi tejado? —Reía feliz.

—Totalmente en tu tejado, nadie preparará un enlace como tú, de eso estoy cien por cien seguro, belleza humana...

## Capítulo 20



Es curioso; cuando se habla de los nervios previos a una boda, todo el mundo tiende a pensar en la crispación de la novia, quizás por aquello del vestido, el peinado y demás. Toda mujer quiere estar impecable ese día, como si, de lo contrario, el novio fuese a salir corriendo al verla bajar del coche.

En ese aspecto, los hombres lo tenemos bastante más fácil. Quiero decir que para acudir a nuestra cita ante el altar no necesitamos mucho más que para asistir a otras ceremonias. Al menos yo. Con un traje de chaqueta de diseño moderno y elegante, la barba bien afeitada, un poco de mi perfume favorito de Yves Saint Laurent y la ilusión rezumando por cada poro de la piel, a mí particularmente no me hacía falta más.

“Ni abuela que te eche flores”, pensará mucha gente. Bueno... tal vez tres o cuatro kilillos más no me hubieran sobrado. Digo esto porque los había perdido en las dos semanas anteriores a mi enlace matrimonial con Nicolette; la mujer de mi vida, sin ningún atisbo de duda. Y todo a cuenta de lo mismo precisamente: unos dichosos nervios que se me habían agarrado al estómago, amenazando con dejarme como un espagueti si no me calmaba. Para que luego digan...

A mi madre no se le había pasado por alto esa pérdida de peso mía.

—Hijo, como sigas así, no se te va a ver si te pones de perfil, ¡Jeesús! —me soltó aquella misma mañana mientras retocaba el nudo de mi corbata delante del espejo.

Ella también estaba radiante ante mi inminente boda, que tendría lugar a las doce y media del día en el monasterio de Montserrat, mismo lugar donde se casaran en su momento los padres de mi

flamante novia. Era su ilusión desde siempre y por nada del mundo se la hubiese quitado. Ni esa ni ninguna otra, por supuesto.

Además, Montserrat es un rinconcito mágico para celebrar esa fecha tan importante en la vida de cualquier enamorado, sobre todo, si eres un amante de la montaña y la naturaleza en general, como era el caso de ambos.

—¿Estoy bien? —le pregunté obviando su comentario.

—Más que eso, cariño. Estás más guapo que un San Luis.

—Y no es pasión de madre, ¿no? —bromeé guiñándole un ojo.

—No, no lo es. Hacía tiempo que no te veía tan feliz, Loren. Ojalá que nada perturbe nunca esa felicidad que se refleja en tu cara.

—Apuesta por ello —me aventuré a contestarle.

—Venga, anda, don apuestas, coge la chaqueta y vámonos, que se nos está haciendo la hora.

Bendita hora, tantas veces soñada por servidor.

Lo único es que, por muchos huevos que entregó mi chica a las clarisas, siguiendo la tradición para frenar las lluvias previstas en aquel día tan especial para todos, el tiempo no se comportó lo bien que hubiésemos deseado. Pese a ello, no le restó ni un ápice de resplandor.

Aunque el día había amanecido nublado, los primeros goterones gordos de las tormentas no comenzaron a caer hasta justo el momento de subirnos mi madre y yo al coche que nos conduciría a ese escenario a pie de montaña en que en breve le daría el “Sí quiero” a mi Nicolette.

Cuando quisimos llegar, los más de doscientos invitados se refugiaban ya como podían bajo sus paraguas y bajo los arcos de los alrededores de aquella abadía de la Ruta Mariana. Miré hacia



todos lados buscándola. A mi madre, agarrada de mi brazo, tampoco se le escapó ese detalle.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Qué miras?

—¿Y Nicolette? ¿Dónde está?

—¿Cómo que dónde está? Ahora vendrá, ¿no? ¿Cuántas veces has visto tú llegar a la novia antes que el novio a una boda?

—Ay, Dios, es verdad. Pues sí que estoy yo bueno hoy.

—Ya, ya lo veo. Anda, relájate, que al final vas a conseguir ponerme nerviosa a mí también y ya verás tú.

Que me relajara... era fácil decirlo. Otra cosa era hacerlo, y más cuando por fin, tras un cuarto de hora de espera que se me hizo interminable, la vi aparecer en aquel lujoso Rolls Royce negro.

Para entonces caían ya chuzos de punta, como suele decirse. El padrino se bajó primero y abrió un paraguas blanco que, más que un paraguas, parecía una sombrilla de playa. Roberto, aquel primo de mi prometida con el que se llevaba a partir un piñón, vivía en Sevilla desde que se casara con Candela, una guapa sevillana, ataviada para el evento con un bonito traje de volantes de corte andaluz, que también quiso correr en su ayuda arrimando su paraguas.

Viendo avanzar a Nicolette por la alfombra granate, por un momento me pareció que nada de aquello me podía estar pasando a mí; que no era conmigo con quien iba a casarse semejante princesa envuelta en ese traje de estilo sirena y con la melena recogida en una sofisticada trenza salpicada de florecillas blancas naturales; que no podía ser yo el dichoso protagonista de aquel cuento.

Pero lo era, y tuve que contenerme para no estrecharla en mis brazos y comérmela a besos cuando al fin la tuve frente a frente; para no sucumbir a la peligrosa tentación de esos carnosos labios maquillados en un tono rosa suave.

Nicolette me sonrió tímidamente mirándome a los ojos como buscando mi aprobación, como si me preguntase en silencio si los míos la veían guapa.

—Eres la novia más bonita del mundo —le susurré, arrancando un brillo especial en su mirada que temí que derivase en llanto.

Nada de eso ocurrió. Sin embargo, a quien sí se le escaparon un par de lagrimillas de emoción fue a mí según le coloqué la alianza en el dedo. Es más, fue ponérsela y agarrarle la mano y besársela por instinto, como si quisiera tatuarle mis labios en su piel, sellando por siempre nuestra unión con un espontáneo gesto que bien se encargó también de captar el fotógrafo con el objetivo de su cámara.

—¡Vivan los novios! —gritó ya a la salida del templo la dicharachera de mi hermana, animando al resto.

—¡¡Viva!!

Al grito al unísono que resonó en el aire le siguió una espectacular lluvia de pétalos de rosas rojas, poniendo fin a la ceremonia celebrada en aquel entorno mágico que tengo grabado en el corazón.

No menos emotivo fue el banquete nupcial. Pudimos haberlo ofrecido en cualquiera de los lujosos locales barceloneses dedicados en exclusiva a estos menesteres, pero al final optamos por hacerlo en “Las suertes”, una despampanante finca rústica en las afueras de la ciudad condal, perteneciente a Ernest.

Ernest era un amigo de toda la vida de los padres de Nicolette. Más que eso, y es que el cariño que se profesaban ella y él era cosa fina, nada de chorradas. Al saber que se casaba su Nicol, como la llamaba el buen hombre, le tendió la propuesta de festejar allí nuestro enlace. Diré más aún: el acaudalado comerciante catalán quiso incluso correr con los gastos del banquete, algo que ya no pudimos aceptar. Hubiera sido demasiado.

Bastante que el hombre se encargó de decorarla como si se tratara de una boda de la realeza, con preciosos macetones de flores por todas partes e impresionantes carpas salvaguardando de la lluvia las elegantes mesas en que no faltaba ni un detalle, entre copas de fino cristal de bohemia y cubiertos de plata.

Hablando de detalles; hacia la mitad del almuerzo el cielo comenzó a despejarse. Poco a poco, el sol se fue abriendo paso entre las nubes y hasta un espectacular arcoíris se dejó ver en el horizonte antes de que el astro rey se impusiera allá en lo alto. La hechicera gama cromática se me antojó como un broche para el cuento que estábamos viviendo.

—Hermanito, se te cae la baba. ¿Te traigo un pañuelo? —me preguntó la guasona de mi hermana Lidia, después de que Nicolette y yo cortásemos el pastel.

—¿La baba? Jeje, pues anda que tú, no me hagas hablar, hermosa... Tú vas a ser la siguiente en pasar por la vicaría.

—Bueno, bueno, no corras tanto, chaval.

—Claro, como si Alessandro y tú acabarais de conoceros y necesitaseis vuestro tiempo, ¿no?

— Ya, pero tú sabes... lo mismo te llevas una sorpresa con nosotros.

—¿Y eso?

—Da igual, ya hablaremos otro día. Ahora no es el momento.

Tenía razón, aunque la verdad es que me dejó bastante intrigado con sus palabras.

Estábamos tomándonos una copa en las mesas cuando Ernest se levantó de su asiento y se dirigió a nosotros.

—Ahora vengo. Os tengo reservada una cosita —nos dijo a mi mujer y a mí en plan misterioso.

Uyyy, mi mujer, qué bien ha sonado eso, ¿verdad?

El amable caballero de canosa melena se dirigió a las caballerizas y cuando volvió lo hizo guiando un caballo blanco de una belleza extraordinaria, digno de películas. Candela se levantó a la par de su silla y se estiró los volantes de su vestido. Se puso frente al majestuoso animal y se volvió por un momento hacia nosotros.

—Va por vosotros, chicos. Que seáis muy felices en vuestra vida de casados —nos deseó la simpática mujer de Roberto.

Acto seguido comenzaron a sonar a través de los altavoces los primeros acordes de unas románticas sevillanas, y el caballo, al oírlos, a flexionar las patas delanteras siguiendo el ritmo.

Había visto muchas veces semejante espectáculo en la tele y en YouTube, pero verlo en vivo y en directo era harina de otro costal.

Candela alzó los brazos llamando su atención y empezó a contonear sus caderas antes de arrancarse a bailar con un arte que ya quisieran muchos bailarines de renombre. Todos los allí presentes contemplaban admirados la singular escena; esos cruces de la chica y el portentoso caballo, esos golpes en la tierra con sus cascos...

“La noche es el beso que sellan tus labios prendidos de fuego. Desde el primer día supimos los dos que esto no es un juego... “, cantaban las flamencas voces.

De no ser porque estaba plenamente convencido de que para Nicolette todo aquello también era una sorpresa total, hubiera pensado que esa letra había sido elegida por ella aposta, como reafirmando en la confesión de sus verdaderos sentimientos desde el principio. Pero no, fue fruto del azar, no me cabe ninguna duda de lo que digo.

Cuando terminaron los cuatro palos de aquellas sevillanas y nuestros invitados rompieron en aplausos, se me vino la idea a la cabeza. Me levanté de la silla y me dirigí a Ernest.

—¿Podrían ponerlas de nuevo?

—¿Te refieres a la música?

—Sí, si es posible, claro. Me gustaría escucharlas otra vez, además, quisiera darle una sorpresilla a Nicol.

—Y las que haga falta, hombre. Faltaría más.

Mi mujer no daba crédito a lo que veían sus ojos cuando me quité la chaqueta, me arremangué la camisa y me planté ante aquella belleza de crines resplandecientes, echando los brazos hacia atrás con aire desafiante. De la primera a la cuarta que me bailé, señores.

No es que uno se tenga por Antonio Canales ni mucho menos, pero ese baile lo domino, por extraño que suene. De rumbas y de sevillanas quedé hasta el coco después de terminar con Nati, una compañera de carrera muy flamenca con la que estuve saliendo cerca de un año y que se empeñó en que me apuntase con ella en una academia en Madrid.

No vienen ahora al caso los pormenores sobre mi relación y ruptura con aquella gaditana afincada en la capital. Lo único que diré es que me cundieron los cuatro meses que acudimos juntos a clase, sin embargo, Nicolette no sabía nada de esta historia, me refiero a lo de que yo me defendía con el flamenquito así en plan pachangueo.

—Ainssss, qué arte. Qué callado te lo tenías, marido —me “recriminó” al volver a su lado.

—Pues mira, porque nunca ha salido el tema, bien lo sabes.

Así era. Entre nosotros no había secretos. Ni los habría jamás. El único secreto es que estaba tan enamorado ya de ella a esas alturas que no concebía la vida si no era a su lado, pero eso que quede entre nosotros, ¿vale?...

## EPÍLOGO



Dos años justos han transcurrido desde ese día en que unimos nuestras vidas con la bendición de la Virgen de Montserrat.

Si preciosa fue nuestra boda ante el altar mayor de su templo, nuestro viaje de luna de miel no tuvo nada que envidiarle a todo lo acontecido en esa misma fecha, con la diferencia de que en esos días posteriores anduvimos ya por ahí solos a nuestra bola, mostrando en cada minuto un entusiasmo mayor aún que el de un par de críos a los que sueltan en un parque de atracciones con toda clase de licencias; sin ningún tipo de restricciones ni control.

Son incontables las fotos que tenemos a lomos de diversos caballos, de ruta por la zona entre espabiladas jirafas y elefantes de todos los tamaños; una excelente combinación con sus espectaculares paisajes y puestas de sol, por no hablar ya de las paradisíacas playas de Zanzíbar, otro enorme estímulo para los cinco sentidos.

Ese safari por Kenia representaba nuestro segundo gran viaje juntos al extranjero, pero no resultó menos emocionante por tal motivo. Más bien al contrario, y dichas fotos son la mejor prueba de lo que cuento. Solo hay que ver nuestras caras de felicidad y los gestos de complicidad en todas y cada una de ellas...

Si a lo que estoy contando le sumamos que allí planté la semilla que meses después se convirtió en una hermosísima flor, solo puedo decir también que benditos sean aquellos rincones del continente africano.

Pues sí. Mi guapísima mujer y yo regresamos ya “embarazadísimos” de nuestra idílica luna de

miel, y lo digo así porque esa etapa también la viví con gran intensidad, como si nuestro bebé estuviera creciendo en mi interior a la par que en el de su madre.

Nicolette se había hecho esa mañana por su cuenta un test que había comprado en la farmacia y esperó hasta que terminamos de cenar aquella noche. Parece que la estoy viendo cuando me soltó la “bomba”.

—¿A que no sabes qué?

—Chica, como no me lo cuentes... A saber qué te traes entre manos.

—Nos traemos, mejor dicho. Mejor aún; nos traeremos, porque todavía no ha llegado, pero más de una vez te tocará cargar a ti también con el mochuelo.

No necesitó añadir ni media para dejarme mudo, ni yo podría precisar el tiempo que tardé en reaccionar, dando rienda suelta a las lágrimas que asomaron de golpe a mis ojos.

Creo que esas palabras tuyas marcaron un antes y un después en mi existencia, porque desde ese instante ya empecé a sentirme padre en toda la extensión de la palabra, valga la redundancia.

Acariciar a aquel bebé a través de su tripón era todo un deleite para mis manos, y las nanas que ya le cantara por entonces me salían solas de la boca.

Nuestra pequeña Claret es una niña tan bonita físicamente como el ser que la llevó durante nueve meses en sus entrañas. Y de lo más risueña y activa, algo de lo que ya dio buenas muestras desde el comienzo, y es que esas pataditas en el vientre de su orgullosa mami eran una constante noche y día.

A raíz de su nacimiento llegué a pensar que no se podía ser más feliz en este mundo, pero todo es susceptible de mejorar, como suele decir mi hermana Lidia. En mi caso, con la noticia del nuevo embarazo de Nicolette.

Pues sí, ya estamos acondicionando otro dormitorio en casa con toda clase de artículos infantiles, y ahora por doble partida, pues no es un bebé lo que esperamos esta vez, señores, sino dos.

Esa primera ecografía que le hicieron el mes pasado sí que fue una gran sorpresa para toda la familia, y aunque el ginecólogo de mi mujer no se atrevió a asegurárnoslo, todo apunta a que son dos “cabezones” los que vienen en camino en esta ocasión.

Por mí, como si quieren desdoblarse y convertirse en cuatro (qué burro soy, ¿no?), y es que Nicolette dice que, con estos dos, o estas dos (todavía no está muy clara la cosa), se planta ya. Que a ella también le encantan los niños pero que con tres es ya más que suficiente, que no quiere pasarse tampoco la vida engordando y adelgazando, que su instinto maternal... en fin, que argumentos esgrime a pares.

En cierto modo la entiendo, pero por lo que a mí respecta no me importaría tener alguno más. Los hijos son lo más valioso que una persona puede tener en esta vida, al menos así lo siento yo. Pobre del que no pueda entenderlo.

La gracia es que Alessandro y mi hermana ya nos habían cogido la delantera antes de nacer Claret. Ahí estaba la clave del enigma que Lidia había dejado caer en mis oídos en pleno banquete como quien no quiere la cosa.

Mi “alocada” hermanita se encontraba embarazada de dos meses por aquellos días, de modo que ya hemos asistido hace tiempo al bautizo de su pequeña Diana, cuando la boda de los padres todavía está por llegar.

Estos dicen que no tienen prisa, que hay más días que longanizas, pero me consta que lo de casarse también entra en sus planes. Y conste que lo de “alocada” no va con segundas, prefiero aclararlo, aunque creo que se me entendió lo que quise decir.

La verdad es que para que el amor triunfe en una pareja no es necesario firmar papel alguno en ninguna iglesia ni juzgado, pese a lo cual, Nicolette y yo quisimos hacerlo a la primera de cambio.

Curiosa fue también la manera en que surgió el nombre de nuestra renacuaja. En ese aspecto, la



madre y yo no llegábamos a ningún consenso. Cada vez que hablábamos del tema terminábamos “discutiendo”: “Claro, como por ser niña te tocaría a ti elegirlo...”, “claro, como no está visto ya ese nombre...”, “claro, como así se llamaba...”. En fin, que “claro” para arriba y “claro” para abajo, ahí se me encendió la bombilla.

—¿Claret? —le pregunté cierta noche, aunque no las tenía todas conmigo.

—¿Cómo?

—Te estoy preguntando si te gusta el nombre de Claret para nuestra nena.

—Claro, ¿cómo no se me había ocurrido a mí antes?

Claro como el agua que había acertado de lleno con mi propuesta. Y está claro que esa niña ha sido la gota que ha colmado el vaso de nuestra felicidad. Tan claro como que tanto por ella como por su madre MA-TO, que diría la Belén Esteban. Y tan claro como que hay tentaciones en las que merece la pena caer, por más que parezcan bastante peligrosas de entrada.

Está claro, ¿no?

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#). Y en mi Instagram: @manu.ponce.escritor*

*Con mucho cariño,*

*Manu Ponce.*

*Más de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>*